Cuentos de Nuevo Canaán (Volumen II)

Martín Corbo

Capítulo 1

CUENTOS DE NUEVO CANAÁN (VOLUMEN II)

Índice

DON ..... Pág. 7

HELIÓPOLIS ..... Pág. 23

MARACANAZO ..... Pág. 39

EL CENTRO ..... Pág. 49

PARÁLISIS ..... Pág. 63

PASAJERA ..... Pág. 71

OPERACIÓN CHARRÚA ..... Pág. 79

EXILIO ..... Pág. 87

DON

***

1

Los funcionarios del cementerio descendían con dificultad el cajón de madera, aplicando el mecanismo de poleas. La lluvia torrencial, aunque entorpecía las maniobras de ingreso en la cripta, no amedrentaba la amplia cobertura de los medios de comunicación en el exterior de la necrópolis. Un fuerte golpe retumbó dentro de la bóveda, advirtiendo que el ataúd había culminado su bajada con un aterrizaje forzoso, cargando

aún más de angustia el rostro de los allegados presentes.

El papeleo posterior era lo que Luis más odiaba de su trabajo, sin duda alguna. Tener que presentarse con los familiares, explicar las formalidades y cargarlos con más trámites, en un momento por demás inoportuno. Sus compañeros, que cumplían con el procedimiento previo casi de forma autómata y sin interactuar con nadie, la tenían bastante mejor.

El panteón finalmente quedaba desierto. Luis repasó la planificación del día siguiente con los demás, y se dirigió a la oficina. Lo único que añoraba era volver a casa. Si cada jornada le resultaba de por sí tediosa, la de hoy en especial se había llevado las palmas. Caminó hasta la parada del bus y aguardó el transporte que lo sacaría del Buceo, totalmente desprotegido del chaparrón.

***

Andrea terminaba de dormir a Felipe, en el momento que Luis entraba al apartamento. "- Luis", se limitó a decir mientras lo abrazaba con energía. "- Acabo de ver las noticias. Es horrible".

Luis acarició su espalda, y apoyó el mentón sobre su hombro.

"- Lo vi, Andrea. Lo hizo, otra vez.".

Andrea rompió en llanto, alterando su respiración. "- No puede ser, no es verdad… No el mismo hombre…".

La acompañó hasta el sillón de la sala de estar, y tomaron asiento. "- Al principio, dudé de si tocar o no el cajón. Intuía que podía ser él. La sensación fue de lejanía al principio, como siempre, pero luego la intensidad me invadió. Volver a verlo fue muy fuerte".

Recuperando de a poco su color, Andrea se animó a continuar. "- Pasaron muchos años, ¿estás seguro de que es él?".

"- Sus ojos; esa mirada es inconfundible. Peinaba canas y claramente tenía más arrugas, pero era él. No hay otra posibilidad".

"- ¿Y qué vas a hacer?", preguntó Andrea atormentada.

"- Lo que debí haber hecho entonces; hacerlo pagar por lo que hizo".

***

Conciliar el sueño no resultaba tarea sencilla, pero el resuello de Andrea le

indicaba que al menos uno de los dos lo había conseguido.

Se incorporó lentamente, evitando despabilarla, y regresó al estar. Se había prometido no volver a hacerlo, pero la situación lo superaba. Insertó la pequeña llave en la puerta del aparador, la giró dos veces, y descubrió la botella de whisky en su interior.

Sin hielo en el congelador, sirvió el vaso hasta la mitad y le dio un trago que parecía quemarle la garganta. El alcohol comenzó a recorrerle de inmediato todo el cuerpo.

Repitió la medida, volvió hacia el mueble y del estante inferior tomó los recortes de diario. Los colocó sobre la mesa, y comenzó a repasarlos uno por uno. Los acontecimientos de aquella madrugada se habían grabado a fuego su la memoria.

Refregó sus ojos con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda, y a pesar de su esfuerzo las lágrimas lo invadieron.

***

2

El trayecto desde la fábrica hacia el hogar transcurría sin contratiempos, como de costumbre. No veía la hora de darse una ducha caliente, y descansar hasta el mediodía.

Faltaban pocas cuadras para consumar su deseo, cuando observó a una persona tendida sobre la vereda, boca arriba. Inconscientemente aceleró el paso, y al aproximarse constató que se trataba de un hombre.

Se arrodilló junto a él, y con terror observó las graves heridas que presentaba en su rostro. Se acercó un poco más, buscando sentir su respiración o algún signo de vida. Miró hacia los lados, buscando a alguien que pudiera ir por ayuda, pero nada. Aún faltaban horas para que la ciudad se pusiera en movimiento.

Comenzaba a erguirse, cuando la mano ensangrentada del hombre hizo contacto con la suya. El agarre era fuerte a pesar de lo delicado de su estado. “- Por… favor… Ayuda…”. Los ojos desorbitados de la víctima buscaban los suyos. El hombre intentó incorporarse, para luego desplomarse otra vez contra el suelo.

Durante los breves segundos que conectaron, pudo ver con sus propios ojos lo sucedido. El agresor era un hombre maduro, alto, más fuera de forma que atlético. Su mirada parecía perdida, pero al mismo tiempo

denotaba maldad.

La experiencia lo desorientó durante un instante. Cuando comenzaba a volver en sí, notó los faros de un vehículo a la distancia. Avanzó hacia la luz, haciendo gestos con las manos para que se detuviera.

"- ¡Por favor, ayúdenme! ¡Está muy malherido, pero aún sigue con vida!", imploró Luis.

La puerta del conductor se abrió, y del interior del vehículo descendió una figura robusta. "- Tranquilo, que estoy aquí para ayudar". El individuo se aproximó a Luis apuntando con una linterna, y como acto reflejo se cubrió el rostro con ambas manos. Si bien no pudo identificar a su interlocutor, alcanzó a reconocer el vehículo policial.

"- ¿Me puede decir qué fue lo que sucedió?", preguntó.

"- Estaba así cuando lo encontré. Me tomó de la mano pidiendo por ayuda, y enseguida se desvaneció", explicó Luis.

El oficial se llevó una mano a la cintura. "- Tendré que llamar a la central". Tomó la radio y comunicó su ubicación, solicitando apoyo. Luego, se volvió hacia Luis.

"- ¿Puede bajar la linterna, por favor?".

El uniformado bajó el foco, e hicieron contacto visual. La extraña mueca que se formó en el semblante de Luis lo desconcertó un poco. "- ¿Está todo bien?".

"- Sí, por supuesto", contestó Luis, disimulando su perturbación lo mejor que podía.

"- Espéreme acá, por favor. Voy a traer el botiquín de la camioneta". El oficial regresó al vehículo, mientras que Luis debatía consigo mismo sobre lo qué hacer. La descarga de la picana eléctrica lo paralizó inmediatamente, para luego desfallecer.

"- No sé cómo, pero está claro que de alguna forma me reconociste", concluyó su atacante. "- Pensé que esto iba a ser sencillo, pero tendré que improvisar un poco. Bastante". Tomó de su campera el cuchillo que había envuelto en un pañuelo, y lo colocó en la mano de Luis.

"- Central, habla el móvil 312. Tengo un 10-15. Tuve que aplicarle una descarga. Solicito refuerzos, ¡ya!".

***

Luis advertía que no tenía oportunidad alguna de sostener una defensa verosímil.

¿Quién iba a creerle que el oficial que lo había detenido y se convertía en el héroe de todos, era en realidad el culpable? ¿Cómo podría explicar su don, y que con él lo había reconocido?

Decidió declararse culpable, con la promesa de que recibiría una pena más benévola. Ocho años tras las rejas, por un crimen que no había cometido. En tanto, el verdadero responsable seguiría libre en las calles, a sus anchas.

Durante su condena, observó cada día el noticiero en el televisor catorce pulgadas ubicado en el comedor de la prisión. Casi tres mil noticieros buscando indicios de un nuevo homicidio, pero ninguno como el del falso policía. Seguramente, había optado por discontinuar sus prácticas, a la vista de que su última incursión casi descubre su identidad.

***

Encontrar a Andrea le permitió sobrevivir a la interminable reclusión en el Penal de Libertad. El padre de la muchacha, quien purgaba una extensa pena en el mismo presidio, había sido el único reo que se había acercado a él con buenas intenciones. Le transmitió las reglas y códigos del lugar, y rápidamente se volvieron compadres. Al poco tiempo, la salud de su compañero desmejoró, y Luis se encargó personalmente de que su agonía dentro de ese infierno fuera al menos digna.

Días después de su deceso, lo notificaban de una visita de Andrea.

"- Mi padre me habló mucho de vos; quería agradecerte personalmente todo lo que hiciste por él".

"- Por el contrario, soy yo el agradecido. Sino fuera por su ayuda, de seguro no habría durado ni una semana aquí dentro".

La custodia que monitoreaba la visita, y las cadenas en pies y manos lo limitaban completamente, pero sintió vigorosamente la necesidad de abrazarla. Para su contento, percibía lo mismo del otro lado de la mesa.

Las visitas se sucedieron con mayor frecuencia, y la ilusión de Luis comenzaba a entrar en conflicto con sus temores a medida que la relación crecía. No obstante, Andrea demostró ser una compinche fiel durante los años restantes de su encierro.

***

Completó su injusto castigo, sin opción alguna a reducción de condena. Abandonó el presidió con treinta años cumplidos, para reinsertarse en una sociedad que desconocía por completo, con todas las limitaciones que le imponía ser un convicto por homicidio.

Andrea, que lo esperaba portones afuera, corrió a su encuentro. "- Luis, por fin…". Tomó su rostro con ambas manos, y lo besó en los labios. "- ¿Cómo te sentís?".

"- Lo único que quiero es irme de acá, cuanto antes mejor".

***

Los primeros tiempos fueron difíciles. Adonde quiera que iba, era reconocido y rechazado. Andrea era su sostén emocional en todo momento, sin permitirle que la tensión lo venciera.

Con esfuerzo fueron superando el rechazo social, y paulatinamente Luis comenzó a conseguir algunas changas. Tupió su rostro con vello facial, y cambió su corte de pelo para distraer la atención y minimizar las posibilidades de ser reconocido.

Años después, llegaría la oportunidad de obtener un trabajo en el ámbito público, como parte de un programa de rehabilitación de presidiarios. El puesto adjudicado parecía ser producto de una broma de mal gusto: administrativo en el cementerio de la ciudad.

***

3

El comisario Jiménez no pudo sino sorprenderse, cuando vio a Luis cruzando la vereda de la jefatura.

"- Luis, sos la última persona a la que esperaría ver por aquí".

"- Comisario…".

"- Sin formalismos".

"- Horacio, preciso hablar con usted. Es urgente".

El comisario aspiró profundamente, y resopló.

"- Luis… Lograste rehacer tu vida, formaste una familia. No vuelvas atrás".

“- Él lo hizo. No voy a quedarme de brazos cruzados si nadie va a hacer nada al respecto. Preciso encontrarlo y hacerle frente. Me lo debe, hice lo que me pidió entonces”.

Luis jugó una carta que el comisario no anticipaba. “- … Está bien. Pero ya no te debo nada. Volvé mañana, voy a tener una dirección para vos”.

***

“- Comisario, ¿va a trabajar horas extras el día de hoy?”, preguntó el sargento.

Levantó la vista de los expedientes que tenía sobre el escritorio. “- Estoy terminando unos formularios. No tardo. Luego doy aviso al oficial de turno cuando me retire”.

“- De acuerdo; hasta mañana”

Abrió el cajón que tenía a un costado, y extrajo la petaca de su interior. La observó con apetito, pero decidió devolverla a su lugar. Estaba en deuda con Luis, de eso no cabía duda. Sin embargo, le preocupaba seriamente el desenlace del encuentro que estaba a punto de facilitar.

***

Las coordenadas del comisario lo habían depositado en la periferia de Montevideo. Luis descendió del bus, y emprendió la marcha a pie. Su destino estaba un par de kilómetros más adelante, donde el sol comenzaba a asomar.

La descripción de la fachada le permitió identificar rápidamente la casa. La construcción era antigua, y le hacía falta una nueva mano de pintura. En el porche, su némesis observaba sentado en una vieja mecedora. Parecía imperturbable ante su presencia. Luis continuó avanzando, hasta llegar al muro periférico.

Se observaron durante algunos segundos. Luis decidió abrir el pequeño portón, y pocos metros después se producía el anhelado encuentro.

“- Me preguntaba cuanto más ibas a tardar en encontrarme”, comenzó el anciano.

Para su sorpresa, Luis mantuvo compostura, a pesar de que abalanzarse sobre él y hacer justicia por mano propia era lo que su corazón le mandataba. “- Tenés mucha agallas, debería partirte la cara ahora

mismo”.

“- No puedo impedirlo. Mi vigor no es el de antes, y mi enfermedad me corroe lentamente por dentro”.

“- Quiero que confieses”.

“- Sabés bien que no pienso hacerlo. Es tu palabra contra la mía. Y no tenés forma alguna de probar nada”.

Un tercer individuo se sumó a la conversa, sin que se percataran de su presencia.

“- Comisario, ¿qué hace acá?”, preguntó sorprendido Luis.

“- Horacio…”, se limitó a decir el dueño de casa.

“- No lamento decir que no me alegra verte, Adrián. No pudiste dejar las cosas como estaban, y tuviste que hacerlo otra vez”, le recriminó el comisario.

“- ¿Cómo podía saber que volvería a descubrirme?”, rebatió.

“- ¿De qué están hablando? Comisario, no comprendo…”.

El comisario se volvió hacia Luis. “- Aquella noche, solicitaron por radio que todos los móviles de la zona dieran apoyo al llamado de Adrián. Fui el primero en llegar, y demasiado a prisa para sus intereses. Aunque no tenía tanto experiencia como él, sabía discernir cuando las evidencias eran plantadas en la escena del crimen. Vos seguías desmayado a causa de la descarga eléctrica. Enseguida, Adrián compró mi silencio con una oferta que no podía rechazar. Me ofreció tomar su cargo una vez que él pasara a retiro. Lamento cada día la decisión que tomé entonces…”.

El rostro de Luis se inyectó de sangre. Desenfundó el pequeño revolver antes que alguno de los dos pudiera reaccionar. “- Ni se les ocurra moverse”, amenazó.

“- Luis, no seas idiota. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel. Pensá en tu familia”, respondió el comisario.

“- ¡Usted me engañó! ¡Jugó el papel de policía bueno y me sugirió declararme culpable! Le conté mi versión y le pedí que la verificara… ¡Pero me convenció de que ir a juicio sería mucho peor!”. Elevó el arma, y le apuntó al comisario en la frente.

“- Luis, esto tiene que terminar”. Se volvió hacia el sonido de la voz sin dejar de apuntar al comisario, y con estupor vio a Andrea con Felipe en

brazos.

“- Andrea, ¡qué hacés acá! ¿Cómo me encontraste?”.

“- Vine con el comisario”.

Luis no acreditaba lo que escuchaba. “- Tiene que ser una broma; decime que es una broma”.

“- Luis, el comisario vino a verme días antes de que salieras en libertad. Me ofreció ayudarnos económicamente hasta que nos estabilizáramos. Colaboró para que consiguieras ese concurso para trabajar en el cementerio… Pensaste que la vida te estaba compensando por todo lo malo que había pasado, pero las cosas a veces no son tan sencillas. Lo que importa ahora es nuestra familia y seguir adelante. Por favor…”.

Bajó la pistola, y la arrojó lo más lejos que pudo. Comenzó a alejarse del lugar, rendido; Andrea corrió inmediatamente tras él. Luis se detuvo, tomó a Felipe y la besó en la frente. Prosiguieron la marcha sin mirar atrás.

El comisario regresaba de levantar el arma arrojada por Luis. Adrián lo aguardaba en el porche, ahora de pie. “- Menudo problema fue cruzarnos con este vidente. Creo que no volveremos a verlo”.

“- De eso podés dar fe”, respondió el comisario. Tomó su radio, y se comunicó con la central. “- Central, habla el comisario Jiménez reportando un 10-55. Favor envíen una ambulancia”.

“- ¿10-55? ¡¿Qué estás haciendo?!”.

“- Lo que debí hace mucho tiempo”. Disparó el arma de Luis a quemarropa, y el proyectil impactó en la frente de Adrián, desestabilizándolo y arrojándolo al suelo. El comisario tomó el pañuelo que llevaba en su pantalón, limpió las huellas del arma, y la colocó en la mano derecha de Adrián.

***

4

“- Papá, ¿está muerto?”.

Luis contemplaba a Felipe, quien regresaba del patio trasero con un pichón de paloma entre sus manos.

“- Así parece, Felipe”.

“- Cuando lo tomé, vi algo… como si volara bien alto y de pronto me estrellara contra el suelo”.

Andrea llevó inconscientemente su mano a la boca, cubriendo su gesto de estupor.

Luis se acercó al niño, y rodeó su espalda con un brazo. “- No tengas miedo. Papá y mamá siempre te van a cuidar. Ahora, dejalo donde lo encontraste y traé tu libro, para que terminemos ese cuento”.

Felipe se alejó corriendo torpemente. Andrea, mientras tanto, buscaba una explicación en la mirada de Luis.

“- ¿Cómo es posible? No entiendo…”.

“- No hay nada que podamos hacer. A medida que crezca, tendremos que ayudarlo a dominar su talento. En ocasiones será arduo, pero es la única forma de asegurarle algo de normalidad en lo que siga”.

***

HELIÓPOLIS

***

1

La canoa inflable avanzaba solitariamente por 18 de Julio. Los improvisados remeros cruzaban miradas de incredulidad, mientras a su derecha el agua cubría la mitad de la fachada de la Biblioteca Nacional.

“- Adiós al acervo nacional. Espero que haya respaldos digitales”, dijo Eduardo.

“- Sino están en la nube, lo mismo da”, razonó Gabriela.

Por enésima vez, desde las ventanas de los apartamentos que sobrepasaban la inundación, los ocupantes allí cautivos rogaban por ayuda. Ambos se deshacían en disculpas, prometiendo volver con ayuda en cuanto la encontraran.

“- Espero que tengas razón”, rogó Gabriela.

“- No hay lugar más alto que ese; sino encontramos refugio ahí, estamos

perdidos”, respondió Eduardo.

La ausencia de alumbrado público anticipaba la penumbra. La tecnología los había acostumbrado a depender solamente de la linterna de sus teléfonos celulares, careciendo de cualquier otro artefacto lumínico. Las baterías de sus aparatos amenazaban con acabarse de un momento a otro.

Cruzaron la Plaza del Entrevero, y cesaron de remar. “- Tenemos que tomar el curso de agua de la próxima calle. Quizás tengamos algo de suerte, y en el puerto encontremos algo más grande que este juguete”, advirtió Eduardo.

“- Este juguete nos salvó la vida. Lo tuviste guardado desde que llegamos a Montevideo, es increíble que no tuviera ninguna pinchadura”.

Eduardo desestimó el comentario, y siguió con su razonamiento. “- Cuando nos acerquemos a la esquina, tenemos que poner ambos remos perpendiculares dentro del agua, y hacerlo girar hacia la izquierda. Con fuerza; no hay margen para errores”.

“- Sí, mi capitán”, retrucó Gabriela.

La maniobra resultó exitosa, y la corriente los aceleró Río Branco abajo, para depositarlos en la zona portuaria. El caos reinaba en el lugar; los contenedores flotaban libremente hacia donde uno mirara. Las embarcaciones de gran calado habían abandonado la costa la noche anterior, buscando escapar de la catástrofe.

“- ¿Y ahora?”, preguntó Gabriela.

“- Al oeste. Ya no consigo verlo, pero el Cerro tiene que estar más adelante”.

***

“- Viejo, ya no puedo más…”, dijo vencido el muchacho al frente del bote.

“- No me aflojes ahora, Andrés. Tenemos que seguir un poco más”, respondió su padre a sus espaldas.

Prendieron el farol nuevamente, buscando alguna referencia que los acercara a su destino. “- Ahí está el edificio de Aduanas; o lo que queda de él”, anunció Andrés.

“- Entonces, sigamos al frente. Todavía nos falta un buen trecho”,

respondió su padre.

Las velas de las viviendas de la Ciudad Vieja comenzaban a arrojar algo de lumbre en las alturas con su incandescencia, aunque no lo suficiente. Extinguieron la llama de todos modos, y avanzaron en la oscuridad fragmentada.

"- Veo algo adelante", dijo el padre.

"- ¿Estás seguro? No consigo ver un metro delante de mi nariz".

"- Si no estuvieras con ese aparatito delante de tus ojos todo el tiempo, quizás te iría mejor", respondió.

La canoa se manifestó frente a ellos. Los ocupantes se mostraban conmovidos por el encuentro. "- ¡Hola! ¡Qué alegría de encontrar a alguien más!", declaró Gabriela.

"- Vengan con nosotros, no van a durar mucho más con eso", propuso Andrés.

Trasladaron sus pertenencias hacia el bote de madera, y lo abordaron a continuación. "- Muchas gracias", dijo Eduardo antes de presentarse con los desconocidos.

"- Andrés; agradezcan a mi viejo, que fue quien los vio".

"- Raúl, mucho gusto".

"- Nos salvaron. Soy Gabriela".

"- ¿A dónde iban?", preguntó Raúl.

"- Al Cerro; es nuestra única esperanza de encontrar tierra firme", respondió Eduardo.

"- Nosotros también. Fue muy inteligente lo que hicieron, no todo el mundo conoce los puntos altos de la ciudad".

"- Permítanme tomar un remo", ofreció Eduardo.

Raúl accedió, y le cedió la pala. "- ¿De casualidad traen algo de comida con ustedes?".

"- Tenemos unas barras de cereal y frutos secos", respondió Gabriela. "- Y un par de botellas de agua".

“- Me alegra oírlo. La crecida nos sorprendió en pleno altamar, mientras volvíamos a casa y no teníamos muchas provisiones con nosotros”, respondió Raúl. “- A remar, Eduardo. Tenemos una noche larga por delante”.

***

2

Cuando cruzó la avenida Luis Alberto de Herrera, Eduardo se alegró de que lo que continuaba del trayecto fuera básicamente en bajada. Pedalear diariamente hasta la facultad sin duda contribuía en su cuota diaria de ejercicio, aunque en ocasiones terminaba el viaje de regreso exhausto.

Pasó frente al Cementerio del Buceo, y dobló en Batlle y Ordoñez hacia la rambla. Gabriela debía esperarlo en el apartamento que compartían con el almuerzo pronto.

Al menos, ese era el trato al que habían llegado al repartirse los quehaceres de la casa. La planta baja, aunque oscura y siendo una construcción de época, tenía el privilegio de estar frente al mar. Ambos se habían acostumbrado a contemplar los atardeceres en la playa, disfrutando los últimos mates de la jornada mientras compartían sus anécdotas del día.

“- Llegás temprano”, dijo Gabriela desde la cocina al sentirlo entrar por la puerta.

“- Faltó el profesor de la última clase”, respondió Eduardo mientras acomodaba la bicicleta en la terraza lavadero.

“- La comida va a demorar un poco más, te esperaba dentro de una hora por lo menos”.

“- No hay apuro; ¿te ayudo?”, ofreció Eduardo.

“- Si querés, podés ir cortando las verduras”, respondió Gabriela.

Casi había terminado con la tarea encomendada, cuando comenzó a sentir la humedad en sus zapatos. Miró hacia abajo, y el agua que comenzaba a acumularse en el piso de la cocina lo confundió.

“- Creo que precisamos un plomero”, advirtió Eduardo. “- Voy a cerrar la llave de paso hasta que sepamos de dónde viene la pérdida”. La medida, sin embargo, resultaba infructífera. “- Qué raro”, agregó.

Regresó hacia el frente de la vivienda, y cuando pasó frente a la ventana, notó con asombro cómo el mar había cubierto completamente la playa, y

avanzaba con fuerza ciudad adentro.

Volvió corriendo hacia donde Gabriela. "- Tenemos que irnos. Prepará una mochila con comida y algo de agua. Voy a buscar la canoa".

"- ¿De qué estás hablando?", preguntó Gabriela totalmente extrañada.

"- No hay tiempo. Nos encontramos en la puerta de entrada", respondió Eduardo.

Gabriela se presentó en el punto de encuentro instantes después, y encontró a Eduardo inflando la canoa de goma con prisa. "- Eduardo, no sé a qué estás jugando, pero tiene que terminar ahora".

"- El agua está entrando por debajo de la puerta. Cuando la abramos, va a comenzar a inundarse todo. Tenemos que salir rápido, y subirnos lo más rápido posible. Tengo un remo para cada uno. Te voy a explicar cómo usarlo". Gabriela observó en silencio, hasta que el bote se infló por completo.

Eduardo abrió con cautela la puerta, y rápidamente el agua comenzó a ingresar en la sala. "- Rápido, salgamos y apoyemos la canoa en el agua para poder subirnos".

Gabriela no acreditaba lo que veían sus ojos. Los vehículos que transitaban la rambla, se encontraban sumergidos en el Río de la Plata hasta casi la mitad de su altura.

"- ¿Cómo pudo pasar esto?", preguntó Gabriela consternada.

"- No lo sé, pero tenemos que ir al lugar más alto que podamos encontrar".

***

3

La colina del Cerro de Montevideo -o lo que aún quedaba de ella- comenzaba a proyectarse en el horizonte.

"- Ahí está", dijo Eduardo.

"- Es increíble, apenas sobresale sobre el nivel del mar", agregó Raúl. "- ¿Cuánto más avanzó la crecida anoche?", preguntó alarmado.

El bote tocó tierra, y Andrés se apresuró a descender y ayudar a los demás a hacerlo. "- Vamos, va a ser más fácil sacarlo del agua sin el peso

extra”.

Instantes después, el improvisado grupo comenzaba a caminar. “- Estemos atentos, no sabemos qué vamos a encontrar más adelante”, concluyó Raúl.

“- ¿A qué te referís?”, consultó Gabriela.

“- No todos reaccionan de la misma manera a un desastre como éste”, respondió Raúl.

Tomaron la calle Viacaba, y avanzaron cautelosamente. El silencio los invadía, y ponía un manto de vacilación en su recorrido. Las casas permanecían cerradas, impidiendo conjeturar si permanecían habitadas o no.

El pavimento llegaba a su fin, y se adentraron en el verde de la cima. “- Ya casi lo logramos”, alentó Gabriela.

“- No cantemos victoria todavía”, respondió Andrés. Apuntó hacia el frente, donde notaron la multitud apostada frente a la entrada de la fortaleza.

“- Por Dios”, dijo Raúl. “- Esto es una locura”.

El clamor de la turba se hacía sentir con cada paso. Rápidamente observaron cómo los que se apostaban al frente, intentaban abrir las rejas. Del otro lado, otros tantos resistían la embestida.

El cañonazo resonó de repente, y la reacción general fue unánime. El cuarteto no demoró en imitarlos, y se echaron cuerpo a tierra. La bala zumbó sobre sus cabezas, y se estrelló con fuerza contra el suelo a escasos metros.

“- ¡Quédense donde están!”, amenazó una voz desde el interior de la fortaleza. “- ¡Nadie más va a entrar, no insistan! Vamos a disparar todas las veces que sea necesario hasta que lo entiendan!”.

Raúl comenzó a ponerse de pie, y aún retenía el pitido del fogonazo en sus tímpanos. Contempló sus alrededores, y notó como loma abajo el agua seguía subiendo. “- No quiero alarmarlos, pero seguramente nuestro bote esté flotando a la deriva en este preciso momento”.

El resto de grupo se le unió, y notó el temor en sus rostros. “- ¿Y ahora qué hacemos?”, dijo Andrés.

“- Creo que nos va quedando rezar”, respondió Eduardo.

“- Una lancha”, dijo Gabriela. “- ¡Una lancha se acerca a toda velocidad!”.

La embarcación motorizada no tardó en llegar a la orilla. Una mujer lo ocupaba. “- ¡Raúl, Andrés! ¡Pensé que los había perdido!”.

“- ¡Mamá! exclamó Andrés. Abordó la barca, y la abrazó con las pocas energías que le quedaban. Enseguida, se les unió Raúl. Eduardo y Gabriela permanecieron a la distancia, mientras presenciaban el reencuentro familiar.

“- La aplicación para rastrear sus celulares funcionaba hasta hace unas horas”, contestó Fabiana. “- Cuando vi que venían para esta zona, no había muchas opciones de a dónde estaban tratando de llegar”.

“- Vamos, no se queden ahí parados”, dijo Raúl. “- Tenemos que irnos cuanto antes”. Treparon deprisa y se dejaron caer dentro del bote.

“- ¿Y ahora, a dónde?”, preguntó Gabriela.

“- Al norte, lo más lejos que podamos del mar”, respondió Raúl.

***

La embarcación transitaba los improvisados canales, que todavía respetaban los trazados de las rutas nacionales. El consensuado itinerario los dirigía por la Ruta 1, a la búsqueda del desvío hacia la Ruta 3.

Sobre el techo de una de las viviendas al costado del camino, divisaron a un anciano que permanecía sentado, custodiando unas pocas pertenencias. “- Tenemos que sacarlo de ahí”, dijo Eduardo.

“- No sé si es la mejor idea, dudo que el combustible rinda si agregamos otro pasajero”, contestó Andrés.

“- Ya cargo con la culpa de dejar atrás cientos de personas a las que prometí ayuda cuando salimos de la ciudad. No voy a hacerlo de nuevo”.

Raúl avaló el pedido de Eduardo con una mirada, y Andrés dirigió la lancha hacia la vivienda.

“- Buenas, permítanos ayudarlo”, ofreció Raúl.

El hombre se volvió hacia su voz, y lo contempló durante algunos segundos. “- ¿Hacia dónde van, si puedo preguntar?”.

“- ¿Hace alguna diferencia?”, preguntó irónicamente Fabiana.

“- Si van hacia el norte, pierden su tiempo. No van a encontrar nada ahí. Lo que no está ya inundado, pronto lo estará”.

“- ¿Y cómo puede usted saber eso?”, interrogó Raúl.

“- Lo tengo todo estudiado. Las zonas que van a sobrevivir este desastre están delimitadas, y yo sé cuáles son”.

Andrés se aproximó a Raúl, hablando entre murmullos. “- Este tipo no está bien. Sino quiere nuestra ayuda, sigamos viaje”.

“- Sé que ya asumieron que estoy loco de remate, pero créanme que es así como les estoy diciendo”, replicó el viejo.

“- No tenemos nada que perder”, comentó Raúl al resto en voz baja. “- Tenemos algo más de nafta en el bidón, y los remos para después; pero si es así como dice y vamos a la deriva, vamos a escucharlo”. Los demás asintieron.

“- Dígame, ¿y dónde queda ese lugar donde todos nos salvamos de esta tragedia?”, preguntó Raúl.

“- El área está demarcada por tres puntos del país. La plaza Matriz, en Montevideo; el castillo de Piria, en Piriápolis, y el obelisco de Rivera. Dentro de ese triángulo, debemos buscar cuáles son los territorios que resistieron la invasión del agua”, explicó.

Raúl se volvió al resto. “- Tenemos que tomar una decisión; podremos andar doscientos quilómetros más, como mucho”.

Las miradas de desconcierto se cruzaban entre sí, con esfuerzo.

“- Vamos, abuelo; déjeme ayudarlo”, dijo Gabriela adelantándose al resto.

El anciano abordó la lancha, con mucha tranquilidad. “- Muchas gracias; traje mis propias provisiones. No tienen que preocuparse por compartir conmigo”.

“- ¿Y a dónde sugiere que vayamos?”, preguntó Fabiana.

“- Piriápolis parece nuestra mejor opción”, respondió el vejete.

***

La inusitada serenidad del mar permitía al bote progresar a buen ritmo rumbo al este. "- Es increíble. ¿Cómo podía saber qué zonas iban a ser afectadas?", preguntó Fabiana.

"- Está todo en los escritos de Piria. Él anticipó todo esto, y trató de prepararnos. La mayoría no lo escuchó, lo trató de delirante. Mi bisabuelo trabajó muchos años para él, y fue uno de los pocos que realmente le prestó atención. Sus enseñanzas se han transmitido en mi familia de generación en generación, y me toca a mí ponerlas en uso".

El escepticismo, aún presente a bordo, cedía a medida que se aproximaban a su destino. "- Falta poco para que descubramos si realmente estaba en lo cierto, o no", sentenció Eduardo.

"- El cartel de la Ruta 10, ahí está", notificó Gabriela a los demás.

"- Ya era hora", respondió Raúl. Surcaron los sucesivos balnearios, y cuando se aproximaban a Playa Grande el motor se detuvo por completo. "- Tenemos que remar; Andrés, cuento contigo".

Padre e hijo consumían sus últimas energías, aunque el agua los continuaba rodeando por doquier. "- Es inútil, no hay a dónde ir…", dijo Eduardo con resignación.

"- ¡El Cerro San Antonio! ¡Ahí adelante!", proclamó en anciano.

"- ¡Es un milagro!", exclamó Gabriela mientras se abrazaba del cuello de Eduardo, prácticamente estrangulándolo.

"- Ahora, Andrés. Un último esfuerzo", solicitó Raúl.

***

Llegaron a la cumbre, y a diferencia del ambiente conflictivo que encontraron en el Cerro de Montevideo, la muchedumbre allí apostada convivía en armonía.

"- Deben ser otros seguidores de Piria", dedujo Fabiana.

El quinteto se unió al resto de los sobrevivientes. "- Bienvenidos", saludó una joven de voz aterciopelada. "- Qué bueno que encontraron su camino hasta acá, sanos y salvos".

"- Muchas gracias", contesto el anciano. "- El Gran Maestro Alquimista fue quien nos guio hasta aquí".

"- ¿Cómo saben que el nivel del mar no va a seguir subiendo?", preguntó

Raúl.

"- Estamos hace más de veinticuatro horas, y hasta ahora no siguió avanzando", contestó la muchacha. "- Por ahora tenemos comida y bebida para unos días, pero no sabemos qué va a pasar después", agregó.

"- Nuestro amigo acá presente debería ser de ayuda", contestó Eduardo, señalando el anciano.

"- ¿Qué se piensan, que soy un vidente o algo así?", contestó.

"- Piense; si Piria planificó todo esto como dice, tiene que haber algo más", razonó Raúl.

"- No lo sé, tendría que repasar sus escritos…", contestó con vacilación.

Un hombre chaparro emergió del templo al borde de la colina, agitado y ansioso. "- ¡Encontramos algo!".

La multitud ascendió rápidamente las escalinatas, y se detuvo en la entrada del pequeño recinto. Al pie del altar, se observaba un pasadizo con un túnel subterráneo. El anciano fue el primero en ingresar, acompañado de la joven anfitriona. "- Asombroso. Simplemente, asombroso. Pensó en todo".

"- ¿Hacia dónde llevará?", preguntó Raúl a sus espaldas.

"- Buena pregunta", respondió. "- ¿Alguien tiene una linterna? Tenemos un largo camino por delante".

***

MARACANAZO

***

1

El relator narraba a todo pulmón el sexto gol del país anfitrión, y el capitán del equipo oriental apagó la radio. Se puso de pie, y se dirigió al salón donde se encontraba descansando el resto de la delegación. "- Bueno muchachos, ahora hay que ganar a como dé lugar", comunico con gesto adusto. Se retiró de la sala, mientras los demás quedaron admirándose entre sí, taciturnos.

Salió al jardín del complejo, y tomó asiento en uno de los bancos donde solían jugar a las cartas después de cada entrenamiento. Se vio contemplando el paisaje, sin llegar a fijar la vista en ningún detalle en

particular. La tranquilidad que sentía al hacerlo era lo que precisaba en ese momento.

"- Capitán, sí que los dejó pensando ahí adentro", dijo su entrenador mientras se ubicaba a su lado en la banqueta. "- Tenemos poco tiempo para preparar la estrategia. Si tiene algo en mente, quizás es mejor que lo hablemos ahora", afirmó.

El capitán lo miró a los ojos, y permaneció en silencio durante algunos segundos. "- Lo que tenía para decir, dicho está. Mejor no confundirlos más. Ahora, a esperar que llegue el momento de la verdad".

***

La noche anterior al partido lo encontró despabilado. Se levantó de la cama procurando no hacer demasiado alboroto, y se dirigió silenciosamente hacia la cocina, en busca de un vaso de agua. En el camino, encontró a uno de sus defensores, fumando un cigarro en una de las ventanas del comedor.

"- Gambetta, ¿qué hace levantado a estas horas?"

"- Lo mismo que usted, capitán. Está difícil pegar un ojo". Le ofreció una pitada del armado, que fue rechazada tal cual había previsto. "- ¿Es verdad que van a haber más de doscientas mil personas mañana?", preguntó con un claro gesto de asombro en el rostro.

El capitán había prohibido que el plantel recibiera diarios, o que tuviera acceso al radio. También, había instruido al personal del lugar sobre guardar reserva respecto del desarrollo del campeonato. "- No lo sé, nosotros preocupémonos por los que van de blanco adentro de la cancha", contestó restando relevancia al asunto.

Como si haber llegado apenas con chances al último encuentro no fuera suficiente -apenas empatando con España, y logrando revertir el resultado con Suecia casi al final del encuentro-, Brasil arrasaba con todo equipo que se le ponía delante. Sabía que las chances de llevarse la copa eran ínfimas pero, ¿qué podía decir él como capitán sino que la victoria dependía de ellos solamente y de nadie más?

***

***

2

El Negro Jefe recibió el diario de acuerdo con el protocolo convenido, y lo repasó en soledad. "*ESTOS SON LOS CAMPEONES*", rezaba el título

principal, acompañando una foto de los contrincantes de esa tarde. Arrugó con su mano derecha el papel, para trozarlo en pedazos lentamente.

El autobús los aguardaba al frente del edificio. Los empleados del complejo saludaban a los celestes con sinceridad, augurándoles un buen desempeño. "- Su selección es muy aguerrida, y dará dura pelea hoy a los nuestros", presagió uno de ellos al despedirse del capitán.

El recorrido hasta el estadio se hacía interminable. El mutismo se repetía en cada par de asientos. El cuerpo técnico leía y repetía sus apuntes, buscando una excusa para el paso del tiempo. Los simpatizantes locales comenzaron a acumularse alrededor del transporte a medida que se aproximaba a destino, y con su cánticos buscaban amedrentarlos aunque todavía más.

El bullicio de las tribunas resonaba en el vestuario. Las paredes parecían temblar, y la intranquilidad se percibía en el ambiente. El tradicional saludo de los dirigentes brillaba por su ausencia, limitándose tan solo a una solicitud al capitán de que la derrota no fuera demasiado abultada.

"- Vamos muchachos, los quiero a todos prontos. Cuando salgan ellos, salimos nosotros al mismo tiempo", explicó el capitán. Sus compañeros asintieron, y comenzaron a calentar en sus lugares hasta que el bramido de los brasileros los llamara a saltar a la cancha.

El papel picado teñía de blanco el campo de juego. El ruido era ensordecedor, pero era aplacado por los claros gestos del capitán a sus jugadores. Cuando el alboroto finalmente cedió, se acomodaron en sus posiciones.

"- ¡Todos concentrados en el partido! ¡Los de afuera son de palo!", vociferó el capitán.

El referí dio la orden, y los autoproclamados vencedores movieron el balón. De inmediato, atacaron con ferocidad el área rival. Los defensas charrúas cerraron filas frente al embate, y conseguían detener la primera arremetida con éxito.

Los primeros tramos de la contienda transcurrieron prácticamente en la media cancha propia. El reloj parecía haberse detenido, aunque los punteros brasileros embestían continuamente contra la valla.

El árbitro anglosajón comenzaba a inclinar la cancha para el favorito. El capitán lo perseguía por donde quiera que se desplazaba dentro del rectángulo de juego, más pendiente de ello que del propio desarrollo del partido. Reclamaba enérgicamente en idioma español, y recibía respuestas en inglés que le eran inentendibles. De todas maneras, continuó con el intercambio durante toda la primera mitad, buscando

disminuir el ritmo de los contrincantes.

La arenga arreciaba desde los cuatro costados del coloso de cemento. La intensidad del juego no cedía, sin embargo los celestes se plantaban estoicos frente a la situación.

El silbato marcó el inicio del entretiempo, y rápidamente ambas escuadras se retiraron a los vestuarios.

El capitán contemplaba absorto cómo en los pasillos interiores del Maracaná, diferentes comparsas ensayaban el festejo del campeonato al terminar el partido. La rabia comenzó a invadirlo, pero decidió acelerar hacia el camarín para reunirse con los suyos.

"- Capitán, no sé cuánto más podremos resistir", dijo González con cierto temblor en su voz. No obstante, temía más a la reacción de su líder que al posible desenlace del encuentro.

"- Lo estamos haciendo muy bien, a no decaer", contestó con convicción, apoyando una mano sobre su hombro. "- Ahora, descansemos un poco; son cuarenta y cinco minutos más y volvemos a casa".

Emergieron al campo de juego aplicando la misma estrategia que al comienzo. No debían darle la posibilidad a la hinchada de abuchearlos gratuitamente.

Pérez jugó con Morán, y se ponía en marcha la segunda parte. Uruguay intentaba marcar el tono con las combinaciones en ataque de sus delanteros, pero un fulminante contragolpe ponía a Friaca cara a cara con Máspoli, a quien ajusticiaba sin piedad para poner la ventaja del equipo local.

El estadio explotó en un solo grito. El capitán tomó raudamente el balón del fondo de las mallas, y la colocó en la mitad del campo. Los jugadores de Brasil se vieron de esa forma obligados a acortar los festejos.

Sabiéndose triunfadores, y sin ser del todo conscientes de ello, los brasileros comenzaban a distenderse.

El esférico comenzaba a repartirse cada vez más entre los equipos, y Uruguay tibiamente avanzaba en el campo de juego. Promediando la mitad del segundo tiempo, Rodriguez Andrade recupera el balón en la mitad de la cancha y pone en carrera a Ghiggia. El puntero, imparable, desborda por la banda derecha y centra de forma rastrera hacia el medio, donde Schiaffino esperaba la pelota para empujarla con violencia hacia el fondo de la red.

El público presente hacía silencio por primera vez. Las miradas confundidas contagiaban a sus jugadores, que comenzaban a dudar dentro del campo, y a pesar de seguir en ventaja para alzarse con el trofeo.

Un nuevo desborde de Ghiggia ponía en alerta a los defensas brasileros. El portero Barbosa aguardaba un nuevo pase hacia el centro del área, y comienza a acomodarse hacia el medio del arco. El disparo de Alcides comenzó su recorrido a ras del piso hacia la portería, sorprendiéndolo sin posibilidad de reacción. La pelota se le colaba en el primer palo.

La desesperación se apoderaba de una nación entera. El desconcierto dentro del estadio era generalizado. Solamente el entrenador intentaba hacer reaccionar a sus jugadores, que parecían por fin salir de su trance y abalanzarse sobre el área uruguaya. Los ataques eran empero improductivos, y el tiempo comenzaba a agotarse.

Los atacantes brasileros volvían a colocar el balón dentro del área, cuando de pronto Gambetta toma el balón con ambas manos. Los rivales enseguida reclamaron la pena máxima.

Los celestes, mientras tanto, no comprendían tamaña reacción de su compañero. Pero el recio defensa sabía perfectamente lo que hacía. Era el único que había conseguido oír el pitazo final desde su ubicación. Uruguay era nuevamente campeón del mundo.

***

3

El asado prácticamente terminaba de llegar a su punto, y los noveles campeones disfrutaban de un aperitivo para festejar su logro. "- ¿Dondé está el capitán?", preguntó Máspoli mientras lo buscaba para que dijera unas palabras. Nadie supo contestarle.

Las calles de Río de Janeiro permanecían casi desiertas. La tristeza y desazón podían percibirse con cada respiración. Obdulio caminaba sin rumbo fijo, hasta que se encontró parado frente a un bar de parroquianos. Decidió entrar, sabiendo que pasaría completamente desapercibido. Ordenó un vaso de cerveza, y se sentó en la barra como uno más. Admiró a su alrededor los rostros lánguidos, y comprendió de repente el dolor que le habían causado a un país entero.

Regresó a la concentración, y encontró el lugar en silencio. Los guerreros orientales habían decidido finalmente retirarse a descansar. Se acercó hasta la copa ubicada en el centro de la mesa, y la acarició con las yemas de sus dedos. Un gran recibimiento los aguardaba en Montevideo al día siguiente. A pesar de ello, no conseguía sacarse la amargura que sentía

en el corazón.

EL CENTRO

***

1

Divisó el sobre de color amarillento delante de la puerta de entrada, y pareció sentir como los latidos de su corazón se detenían por un instante. Finalmente había llegado el día tan temido. La distracción que le produjo la novedad provocó que buena parte de su infusión caliente se volcara sobre la alfombra, aunque el percance pasaba de pronto a tener poca relevancia.

Se acercó hasta el rectángulo de papel, y lo tomó con cautela, como si pudiera llegar a quemarle la piel. Contaba con todas las formalidades previstas. De ninguna manera se trataba de un error. Sin embargo, se decidió a abrirlo augurando que el contenido -por alguna razón inexplicable- fuera diferente al esperado.

La suerte no estaba de su lado. La notificación lo confinaba a pasar el resto de sus días en el Centro Para Un Mejor Disfrute de la Tercera Edad. Según sus cálculos, tenía menos de una hora para prepararse antes de que el transporte se apersonara en su domicilio.

Su terquedad pudo más, y tomó su teléfono de arriba de la mesa. El tono de marcado se prolongaba, hasta que del otro lado aceptaban la llamada.

"- General retirado Garmundia…", contestó el destinatario.

"- Senador Peralta, tiene que haber alguna forma de solucionar esto. ¡Usted me aseguró que podía quedarme tranquilo!", protestó.

"- General, usted sabe tan bien como yo como son las cosas. La ley es igual para todos. Y yo no tengo la última palabra en el caso de las excepciones".

"- ¡Pero no puedo terminar ahí por siempre! ¡Es una locura!", insistió.

"- Le recomiendo que se serene. No hay nada que podamos hacer. Ahora, si me disculpa, tengo que irme". La comunicación se interrumpió.

Lanzó el teléfono contra la pared, quebrándolo en varios pedazos. Avanzó hacia el dormitorio, y tomó la mochila que había preparado especialmente para la ocasión. Abrió el cierre, y revisó que el contenido fuera el

planificado.

“- Si quieren llevarme ahí, van a tener que encontrarme primero”.

***

“- Jefe, esta es la dirección. Aguardo instrucciones”, dijo uno de los soldados.

“- Yo los acompaño. Garmundia va a ponerse difícil, ya me notificó al respecto el Senador Peralta”, respondió su superior.

Avanzaron por la puerta principal del lujoso edificio, y notificaron al conserje de no poner a nadie en alerta de su presencia. Ingresaron al ascensor, y marcaron el quinto piso.

“- No quiero hacer una escena frente a los vecinos pero si se resiste, lo inmovilizamos y lo llevamos por la fuerza”, agregó el líder del operativo.

Descendieron del elevador, y se aproximaron a la puerta con sigilo.

***

Contempló el apartamento por última vez, y se convenció de que difícilmente regresaría alguna vez. Abrió el cajón de la cómoda, tomó el revólver que escondía al fondo y se lo colocó en la cintura, ocultándolo bajo su abrigo.

Se volvió hacia el hall de entrada, y procedió a abrir la puerta.

***

La cerradura cedió con facilidad, y se adentraron al apartamento con rapidez. “- ¡Garmundia! Donde quiera que estés, te conviene salir pacíficamente”, anunció el jefe de la brigada.

No recibía respuesta, y con un gesto rápido ordenó a su equipo revisar los ambientes. En instantes, todos regresaban al punto de inicio sin novedades.

“- ¡Hijo de puta, dónde te metiste!”, exclamó mientras golpeaba la pared con su puño izquierdo.

***

Marcela miró su reloj por enésima vez. Ya iban tarde, y la distancia hasta el jardín de infantes no le permitiría regresar a tiempo para despedir a su padre.

"- Facundo, hoy nos quedamos en casa. Quiero que estemos los dos para despedir al abuelo", le explicó mientras le acariciaba el cabello.

"- No es necesario, Marcela. Que sea una despedida sencilla y no hagamos un drama del tema", dijo Alberto mientras entraba a la cocina.

"- Pero papá, ¡cómo que no es un drama! ¿No entendés que de ahora en adelante te vamos a poder ver solamente los fines de semana, durante apenas una hora? No se permiten llamadas, tampoco teléfonos celulares, ¡es como una cárcel!", respondió firmemente mientras comenzaba a lagrimear.

"- Lo sé, pero es mejor así. De alguna forma nos vamos a acostumbrar a todo esto". La abrazó fuertemente, y la beso en la frente mientras secaba la humedad en sus mejillas. "Voy a aprovechar y traerte el auto hasta la puerta; anoche no encontré lugar y quedó a un par de cuadras de la casa. Vas a tener que tomar esas clases, ahora no voy a poder ser más tu taxímetro personal", agregó, y se congratuló de al menos robarle una sonrisa.

Bajó por las escaleras, y salió a la calle. Comenzaba a doblar la esquina, cuando colisionó imprevistamente de frente con otra persona.

"- Discúlpeme, ¿está usted bien? Venía distraído y no lo vi. Estaba yendo al auto y…". Vio como la pistola se apoyaba en su frente, y se inmovilizó por completo.

"- ¿Dónde está el vehículo? Tengo que ir a visitar a alguien, y vas a venir conmigo", dijo Garmundia. "- Rápido, que me están siguiendo". Se colocó detrás de su rehén, y a punta de pistola le ordenó guiarlo hasta el transporte.

Llegaron hasta donde se estacionaba el Honda Civic. "- Bueno, al menos no vamos a llamar la atención con esto", dijo Garmundia. Obligó a Alberto a tomar asiento al volante, y sin dejar de apuntarle, rodeó el frente del auto y se colocó en el lugar del acompañante.

"- Vamos para Carrasco. Hay una persona que puede solucionar esto, y nos vamos a reunir con él".

"- Lo único que le pido es que guarde el arma. Ya bastantes problemas voy a tener cuando vayan a buscarme y no me encuentren ahí…", solicitó

Alberto.

"- ¿De qué está hablando? ¿Lo iban a ingresar al Centro también? Lamento informarle que va a faltar a su cita".

***

Se detuvieron detrás del Club de Tenis, y Garmundia revisó algo en su celular. Alberto mantuvo las manos sobre el volante, y procuró no hacer movimientos bruscos.

"- ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?", consultó.

"- Esperar. El Senador juega al tenis todos los jueves a esta hora, y deja el auto estacionado en los lugares reservados. Cuando salga, nos va a acompañar".

"- Pero… Por qué no trata de hablar con él… Esta no es la forma".

"- No sea tan ingenuo. Con esta gente conversar no resuelve nada. Ahora, quietito y a portarse bien".

Los minutos pasaban con lentitud. Garmundia mataba el tiempo con el teléfono, mientras Alberto no dejaba de pensar en su familia. "- ¿Conoce a alguien que esté dentro?".

La cara de desconcierto de Garmundia lo obligó a clarificar su pregunta.

"- En el Centro; ¿tiene a alguien ahí?", repreguntó Alberto.

"- La vida de un militar puede ser muy solitaria. Y más cuando ya uno está retirado".

"- Mi esposa fue una de las primeras en ingresar, cuando se aprobó la ley. Siempre bromeábamos sobre que casarse con alguien más joven que ella le iba a jugar en contra algún día, pero nunca habíamos imaginado algo como esto".

Garmundia lo observó, pero sin hacer comentarios.

"- La vamos a visitar todos los domingos. Es poco tiempo, pero es mejor que nada. Lo único que me alentaba a entrar ahí era reencontrarme con ella algún día. Amo a mi hija y a mi nieto, pero prometí amar y cuidar a mi esposa hasta que la muerte nos separara, y así planeo hacerlo".

"- Atento, ahí sale el Senador", interrumpió Garmundia.

El político llamaba la atención por su altura, que lo colocaba por encima del promedio de los hombres que lo rodeaban. Garmundia observó cómo se despedía de su rivales de turno, y se dirigía a su auto deportivo.

"- Quédese acá, donde se mueva le pego un tiro", advirtió a su rehén. Descendió del vehículo aprisa, y se dirigió hacia su nuevo objetivo. "- Senador, va a venir conmigo sin hacer ningún escándalo", dijo mientras le hacía notar el arma que tenía en la cintura.

El Senador Peralta se sobresaltó por el abordamiento, dejando caer su bolso al suelo.

"- Levántelo rápido, y camine conmigo".

Observó hacia los lados buscando ayuda, y se encontró solo frente a Garmundia. Descendió lentamente al suelo, y se colocó el bolso al hombro. "- No cometa ninguna estupidez, Garmundia".

"- Lo mismo digo". Abrió la puerta trasera izquierda, y lo intimó a entrar. Enseguida, ingresó detrás de él. "- Ahora, conduzca por la rambla costanera. Ya le diré cómo seguir", ordenó.

Alberto acató, encendió el auto y enfiló hacia el mar.

***

3

El comando circundaba las calles, sin pista alguna de dónde continuar la búsqueda del General prófugo.

"- Jefe, acaban de secuestrar al Senador Peralta. Fue hace una hora, a la salida de su partido de tenis", informó uno de los soldados.

"- No puede ser; este imbécil va a ir hasta las últimas consecuencias… ¿Sabemos dónde pueden estar ahora?".

"- Las cámaras de seguridad vieron como lo subían a un Honda Civic. Identificamos la chapa y mandamos una unidad a la casa del propietario. No lo encontraron ahí, sino a su hija quien alega que también desapareció esta mañana cuando iba a estacionar el auto. Hoy ingresaba al Centro también".

"- Dos secuestros, Garmundia. Esto te va a salir caro…", reflexionó el encargado.

"- Me acaban de informar que los ubicaron cruzando el peaje de Pando

hace unos minutos”, agregó el soldado.

“- Avisen a las seccionales de la zona. No pueden llegar muy lejos”.

***

Luego de seguir las indicaciones de su captor, llegaron a una vieja casa en Estación Atlántida. “- ¿Dónde quiere que pare el coche?”, preguntó Alberto.

“- Al final de la cuadra hay una casa de ladrillos. Entre el auto y estaciónelo al fondo”. El vehículo se detuvo por completo, y Garmundia los intimó a descender. La punta del revolver oscilaba de un rehén a otro.

“- Por favor, le pido que guarde el arma. Va a ocurrir un accidente y las cosas se van a complicar para todos”, aconsejó Alberto.

Garmundia lo miró fijamente, y aceptó la solicitud. “- Vamos a entrar por la puerta de la cocina. Senador, tome la llave y haga los honores”.

El Senador Peralta la tomó con inseguridad de su mano, y procedió a colocarla en la cerradura. Comenzó a dar el primer giro, y a la mitad del procedimiento se detuvo.

“- ¿Qué sucede?”, reclamó Garmundia.

“- No gira, está atascada”.

Volvió a presentar el arma, y avanzó hacia el Senador.

“- Espere, debe tener algún juego que no está notando”, dijo Alberto. Se anticipó a Garmundia, y movió la llave en todas direcciones mientras intentaba continuar el giro. La cerradura cedió, y la puerta les daba paso hacia el interior.

Los rehenes tomaron asiento en el sillón de la sala de estar, mientras Garmundia volvía a pasar llave a la puerta. Verificó que todas las cortinas estuvieran corridas, impidiendo visualizar el interior de la casa.

“- Ahora, Senador. Esto es lo que va a pasar. Usted va a firmar un documento donde autoriza mi excepción a ingresar al Centro”, dijo Garmundia.

El Senador lo contempló con una mezcla de ira y temor. Aunque su deseo era incorporarse y enfrentarlo, prefirió evitar una reacción inesperada del General. “- Garmundia… ¡Tiene que entender de una vez por todas! Firmar una excepción para usted no es posible. No cumple con ninguna de las

situaciones previstas en la ley para hacerlo”, explicó.

El General llevó sus manos sobre la cabeza, y las juntó al nivel de la nuca. “- No nos movemos de acá hasta que esto se resuelva”, advirtió. Tomó asiento frente a sus prisioneros, y los observó alternadamente mientras ponía y quitaba el seguro del revolver.

***

La noche comenzaba a caer sobre Canelones. El trío se mantenía prácticamente inmóvil desde hacía horas. El General cumplía con hidratar a sus cautivos. Aunque adolecían de alimentos, era un problema con el que podían lidiar durante algunos días.

“- General, por favor. Es hora que esta locura termine. Tiene que entregarse pacíficamente”, aconsejó el Senador. “- En algún momento va a tener que dormir. No va a poder controlarnos las veinticuatro horas”.

Garmundia comenzaba a demostrar signos de cansancio. “- Usted”, dijo dirigiéndose a Alberto. “- Vaya a la cocina y traiga la cuerda para secar ropa del primer cajón”.

“- ¡¿Qué va a hacer?!”, preguntó el Senador.

“- Tiene razón, Senador Peralta. Más vale prevenir y atarlos. Cuando descanse un poco, voy a poder evaluar un poco mejor la situación”.

Ató pies y manos de ambos, y les colocó un trozo de tela de sábana como mordaza. “- Por si se les ocurriera pedir ayuda”.

El altoparlante los sorprendió desde el exterior de la vivienda. “- *GENERAL, LO TENEMOS RODEADO. DEJE SALIR A LOS REHENES, Y LUEGO VAMOS A ENTRAR”.*

Garmundia se levantó súbitamente, y se aproximó hacia la ventana. “- Puta madre…”.

***

La camioneta avanzaba por la Ruta Interbalnearia, que se mostraba solitaria en ambas sendas. Dos oficiales custodiaban al General, quien viajaba esposado en el asiento central de la tercera fila. En tanto, el Senador y Alberto descansaban en la fila de adelante.

“- Quería zafarse del Centro, y al final lo consiguió, General. Lo espera una celda muy cómoda cuando lleguemos a Montevideo”, dijo el Senador

sin voltearse.

Garmundia evitó demostrar reacción alguna al comentario. Sus custodios mantenían sus armas preparadas ante cualquier embate que planeara hacer.

"- Y usted, señor; lamento mucho lo que sucedió. Puede quedarse tranquilo que pagará su delito como corresponde", agregó dirigiéndose a Alberto.

El transporte cruzó el semáforo del Autódromo, y la oscuridad los rodeó unos metros más adelante. "- A ver cuándo terminan de colocar la red lumínica en esta ruta", se quejó el conductor.

El violento impacto lateral los tomó desprevenidos, y la camioneta volcó para empezar a rodar hacia la banquina. Completó rápidamente dos vueltas completas, terminando con las ruedas hacia arriba.

Alberto lograba salir por la ventana, y se apoyó en su rodilla izquierda para contemplar el panorama. Un viejo Mercedes Benz 200 E había ocasionado el accidente. Se acercó al asiento del conductor, y comprobó que el ocupante había fallecido en la colisión. Regresó a la camioneta, y noto a los ocupantes inconscientes. Todos menos el General, quien lo contemplaba aturdido.

"- ¿Está usted bien?", preguntó Alberto. El General mantenía su mutismo. Decidió abrir la puerta corrediza, y se dispuso a desenganchar el cinturón de seguridad. Garmundia logró liberarse de la correa, y con dificultad egresó del vehículo.

"- Aproveche mientras que no viene nadie y váyase; si me preguntan, usted ya se había ido cuando recobré la conciencia", aseguró Pablo.

El General parecía no entender la propuesta. Las luces de un automóvil comenzaban a resplandecer a la distancia. "- ¡Vayase ahora, o no va a tener otra oportunidad!".

Garmundia comenzó a caminar con desconcierto, y se adentró en el monte.

***

4

Se cumplía un año de su ingreso al Centro. Alberto acomodaba el delantal de su esposa, y se aprestaba a asistirla con el almuerzo.

El enfermero se aproximó hacia donde estaban, y le entregó un sobre que no identificaba remitente alguno. Cuando volvieron a quedarse solos lo abrió lentamente, dirigiéndose antes que nada al final de la nota. La firma del General lo fascinó por un instante antes de volver al texto principal.

"NUNCA PUDE AGRADECERLE LO QUE HIZO POR MI. ESPERO QUE ESTO LO COMPENSE Y SEA BIENVENIDO POR LA FAMIIA QUE AÚN TIENE FUERA".

Sacó la llave del cofre de seguridad de dentro del sobre, y la presionó con fuerza entre sus dedos y la palma de la mano. No podía esperar al domingo, y compartir las buenas nuevas con Marcela.

***

PARÁLISIS

***

1

Franco despertó, y la desesperación lo conquistó enseguida. Sus ojos estaban abiertos y conscientes de su entorno, pero su cuerpo permanecía completamente paralizado.

La sensación era agobiante e indescriptible a la vez. Su respiración se aceleraba a cada segundo, y la angustia parecía devorarlo por dentro.

La silueta que se proyectaba frente a él era difusa e imperfecta. Sin embargo, le aterraba de todas las formas posibles. Intentó gritar, pero no conseguía articular palabra alguna.

Se sentía prisionero dentro de su propio cuerpo. El tiempo parecía inerte, y sus esfuerzos por poner fin a tamaña tortura resultaban infructuosos.

La sombra finalmente se evaporó, y paulatinamente recobró el control de sus extremidades. Se incorporó en la cama, encendió la luz y por fin logró calmar su ansiedad.

"- Franco, ¿qué pasó?", preguntó Viviana.

"- No lo sé; no podía moverme, y había alguien que me miraba fijo delante de la cama", explicó mientras recobraba el aliento.

"- Tuviste una pesadilla, nada más. El trabajo te tiene extenuado últimamente".

“- Perdón, no quise molestarte. Vamos a dormir”. La besó, y se volvió a colocar en posición horizontal sobre la almohada.

Volver a conciliar el sueño le fue imposible por el resto del a noche.

***

Viviana apagó el despertador de su teléfono, y notó la ausencia de Franco. Se dirigió hacia la cocina, y lo encontró preparando el desayuno. “- ¿Otra vez? Hace más de una semana que no conseguís descansar”.

Franco se volvió hacia ella, y le ofreció una taza de café recién hecho. “- Va a ser un día largo en la oficina, pero ya todo volverá a la normalidad”.

“- Eso espero. No quiero terminar viviendo con un sonámbulo que camina por la habitación cada noche”, bromeó.

***

La madrugada lo encontró entumecido otra vez, al igual que las noches anteriores. Había optado por dejar la persiana apenas levantada, y evitar que la negrura absoluta lo absorbiera durante la rigidez. Empero, la aparición no faltaba a la cita y se ubicaba al fondo de la habitación, permaneciendo de pie y observándolo fijamente.

Intentó sacudir sus brazos, sus piernas. Balbuceaba sin modular. La incompleta figura comenzó a flotar hacia él y sobre la cama, sin interactuar pero empujándolo a la locura.

Cuando pensaba que finalmente conseguía despabilar completamente, caía en otra capa de sueño intermedio. La pesadilla se eternizaba y se transformaba en un laberinto aterrador del que no conseguía escapar.

Sintió las manos de Viviana tomándolo por los brazos, y sacudiéndolo con vehemencia. “- ¡Franco! ¡Despertá por favor!”.

Su cuerpo comenzó a responder, y Viviana decidió darle su espacio. “- Casi me matás del susto; empezaste a gritar a todo pulmón. No entendí mucho lo que decías, pero lo que sea que estés viendo en tus sueños debe parecerte muy real”.

“- Ya me siento bien”, dijo Franco.

“- Vas a tener que hacer algo; no podés seguir así. No podemos”.

***

2

La llegada de la noche se había convertido en un suplicio diario. Franco comenzó a prolongar la vigilia con cafeína, o cualquier estimulante que estuviera a la mano. Desvelarse frente al televisor se volvió una rutina, pero no evitaba la manifestación posterior del espectro durante sus intentos de somnolencia.

Visitar al médico no había sido de gran ayuda. Las pastillas para dormir no habían terminado con su padecimiento. Las búsquedas en internet, si bien describían perfectamente los síntomas de su parálisis de sueño y le mostraban que no estaba solo en el mundo, ofrecían respuestas insatisfactorias. Aprovechar cualquier oportunidad de sueño diurno se había vuelto necesario para compensar la falta de descanso que comenzaba a acumularse.

La pérdida de peso se agregó, con el tiempo, a lista de contratiempos. Sus rutinas se volvieron inestables. Con la esperanza de reducir al mínimo el nivel de estrés, decidió pedir una licencia en el trabajo. Lograr algo de sueño decente se volvía su única prioridad.

***

"- ¿Estás seguro de que vas a estar bien?", consultó Viviana mientras terminaba de preparar sus bolso. Lo observó con detenimiento, asombrada de la cantidad de cambios físicos que de repente notaba en simultáneo. Sus ojeras largas, el cabello blanco que comenzaba a asomar entre su melena oscura, la dificultad para sonreír.

"- No tenés de qué preocuparte. Puedo cuidarme solo", respondió con un tono neutro.

"- Ya lo sé; quisiera poder cancelar todo y quedarme". Lo acercó hacia ella y abrazó con delicadeza.

"- Tranquila. Ahora seguí con tus preparativos, que vas a terminar perdiendo el bus".

Contempló a Viviana desde el balcón, mientras subía al taxi rumbo a la terminal. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, y la congoja comenzaba a impregnarlo poco a poco.

***

Viviana regresaba a la habitación del hotel a la medianoche. El evento había resultado extenso, pero también un éxito rotundo.

Se preparaba para descansar, y no pudo dejar de pensar en Franco. Le angustiaba pensar en que tuviera otra noche fatídica, y no estar ahí para contenerlo. Lavó con paciencia sus dientes, y mudó su vestido por el piyama. Se recostó en la cama, y concilió el sueño sin mayor dificultad.

***

A muchos quilómetros de allí, Franco descansaba como hacía tiempo no conseguía hacerlo. En tanto, la aparición regresaba a visitar a Viviana, como cada noche. Deambuló por la habitación de manera aleatoria, y como de costumbre su presencia no era notada de forma alguna. Se aproximó a su rostro, e intentó una vez más establecer el vínculo que por fin las conectara. Esta vez, el hombre que dormía junto a ella no estaba allí para impedirlo.

***

PASAJERA

***

1

Federica se apresuró a aprontar su mochila, y se dispuso a caminar hacia la parada. Lo último que quería era llegar tarde en su primer día de trabajo. Trancó la puerta con llave, y se alejó de la pequeña cabaña que ahora era su hogar.

Apenas completaba una semana viviendo en el pueblo, y aún no se acostumbraba a escuchar el ruido del mar de continuo. El crepúsculo iluminaba el trayecto que comenzaría a ser parte de su rutina semanal. Admiró durante la marcha las diferentes construcciones, amalgamando tanto edificaciones suntuosas como humildes.

Tomó asiento en el banco, y miró su reloj. Faltaban algunos minutos para que el siguiente camión la sacara del Polonio. Buscó su teléfono del bolso, y se dispuso a continuar la partida de ajedrez que había dejado inconclusa.

La reina amenazaba con acorralar a su rey con ayuda de los alfiles, cuando notó al fondo de la calle un jinete a caballo acercándose hacia ella. Detrás, llevaba enganchado un antiguo carruaje de madera.

"- Buenas noches", saludó el desconocido mientras se quitaba el sombrero que cubría su calvicie.

"- Buenas noches para usted también", contestó Federica mientras

apagaba el teléfono.

“- ¿Esperando el camión?”.

“- Sí, debe estar por llegar”, contestó mientras revisaba nuevamente su reloj. “- Pucha, ya viene atrasado. Lo único que me faltaba”, se lamentó.

“- Si gusta, la puedo llevar. Y si encontramos al camión en el camino, puede cambiarse de transporte sin problemas”, ofreció el hombre.

Federica evaluó rápidamente sus opciones, y decidió que empezar con el pie derecho en el restorán era lo indicado. “- Le agradezco y acepto su oferta. Permítame al menos pagarle el costo del camión, es lo menos que puedo hacer”.

“- No se preocupe. Tener compañía para variar es algo que no tiene precio”. Federica montó en el asiento del coche, y el chofer ordenó avanzar al equino.

“- Me llamo Federica, mucho gusto”.

“- Alfredo. No la había visto antes, ¿es nueva en el pueblo?”, preguntó mientras mantenía la vista fija en el camino.

“- Sí, llegué hace pocos días. Me vine de Montevideo; decidí probar un cambio, estar más en contacto con la naturaleza y reencontrarme un poco conmigo. No pierdo nada, siempre puedo volver”.

“- Está muy bien”, contestó Alfredo.

“- ¿Y usted? ¿Hace mucho que vive acá?”.

“- Sí, hace años nos mudamos con mi señora. Justamente ahora la estoy yendo a buscar a la ruta”, respondió.

Federica se sonrió, y se reclinó en la butaca.

La luna resplandecía sobre ellos. A sus espaldas, el poblado comenzaba a hacerse imperceptible, en tanto al frente todavía no conseguía divisarse el punto de llegada en la ruta.

Tampoco identificaba señal alguna del camión, ni de sus luces ni del ruido de su motor.

“- Pensé que los camiones eran puntuales”, comentó extrañada Federica.

“- Fue una suerte que pasara justo por donde estaba esperando”,

respondió Alfredo.

“- ¿Su esposa trabaja en la ciudad?”.

“- Trabaja como administrativa en la escuela pública. Nunca pudimos concebir, y al menos estar cerca de los botijas llena ese vacío para ella”, explicó. Federica asintió con incomodidad, y decidió guardar silencio en lo que continuara del viaje.

La travesía llegó a su fin, y Federica descendió del carruaje. “- Muchas gracias, Alfredo. Si hubiera esperado el camión, todavía estaría en la parada”.

“- No hay de qué. Un gusto y nos veremos la próxima por el pueblo”.

“- Así será. Quizás conozca a su esposa la próxima vez”, dijo Federica. Buscó su moto en el estacionamiento, y tomó la Ruta 10 rumbo al oeste.

***

2

Su estreno como camarera había sido con buen suceso. Arribaba justo a tiempo para tomar el camión de regreso al Cabo. Estacionó la moto, y se montó en la cabina. Encontró solamente una pasajera sentada al fondo. Se ubicó algunos asientos más adelante, y colocó las manos en los bolsillos de la campera para resguardarlas del frío. El camión se puso en marcha, y el viento comenzó a congelar su rostro.

“- Cuesta acostumbrarse, pero uno casi que termina disfrutando el fresco”, dijo la señora.

Federica se volteó, y por pura cortesía decidió entablar conversación. “- Espero que sí. Soy bastante friolenta; no puedo esperar a llegar a casa y meterme bajo las frazadas”.

“- Soy Mónica”.

“- Federica”.

“- Vamos a vernos seguido. No mucha gente viaja a estas horas hacia el pueblo”.

“- A este ritmo, voy a conocer a todos bastante rápido. Hace unas horas estuve con Alfredo, me alcanzó en su carruaje hasta la entrada de la ruta. El camión no pasó, y él justo iba de camino a buscar a su esposa”.

Notó el marcado gesto en el rostro de Mónica, y cómo a continuación comenzaba a desviar la mirada.

"- ¿Dije algo que no debía?", preguntó.

"- No puedo creerlo", dijo Mónica. "- Ya no recuerdo la última vez que alguien mencionó haber visto a Alfredo".

La confusión de Federica iba en aumento. "- ¿A qué te referís?".

"- ¿En serio? ¿El carruaje añejo no te llamó la atención?".

"- Bueno… No vi nada de malo en que alguien tuviera sus propios recursos para salir del Cabo", respondió.

Mónica se acercó a Federica, y tomó asiento a su lado. "- Lo que viste no fue a Alfredo, sino su espíritu. Tuve mi encuentro con él a los pocos días de mudarme al pueblo. Me llamó mucho la atención cuando ofreció llevarme, pero no podía dejar de aceptar el transporte gratis".

Federica se cubrió el rostro con ambas manos, y refregó su rostros varias veces. "- No podés estar hablando en serio".

"- Creelo. Yo tampoco quería aceptarlo cuando me contaron la historia. Cuenta la leyenda que un día fue a buscar a su mujer a la ruta como lo hacía siempre, y ella nunca llegó. La denunció como desaparecida a las autoridades, y a pesar de las intensas búsquedas no pudieron dar con ella. Incluso, terminó siendo investigado como posible sospechoso de asesinato. Poco tiempo después, él también se esfumó de la faz de la tierra y nunca más lo volvieron a ver. Hasta que, un día, su alma comenzó a hacer sus recorridos, convencido de que está yendo a buscar a su mujer al regreso del trabajo".

Un escalofrío recorrió la espalda de Federica. "- Pero el carruaje… Me subí en él… Era tan real".

"- ¿Verdad que sí?", respondió.

***

Mónica descendió del camión, y saludó a Federica alzando la mano. La consternación que vio en su rostro era una buena señal, y aún tenía un largo viaje hasta destino para que terminara de procesar la nueva información. Caminó pausadamente las cuadras que la separaban de su morada en el descampado, y abrió la puerta de entrada.

“- ¿Cómo te fue?”, preguntó Alfredo.

“- No estoy segura. Creo que se lo creyó, pero por si acaso, preparate para hacerle una visita a la cabaña mañana en la madrugada”.

“- ¿Estás segura de todo esto? ¿Y si le tesoro no está enterrado ahí?”.

“- Lo está, ya revisé las coordenadas suficientes veces. Cuando nadie más se atreva a alquilar la cabaña y los dueños deban venderla, será nuestra oportunidad”.

***

OPERACIÓN CHARRÚA

***

El peón mandató a su corcel acelerar el paso, poniendo fin a la recorrida para controlar los potreros. El sol terminaba de ponerse en el horizonte, pero aún alumbraba el camino de regreso al casco. Cuando cinchó de las riendas anulando la orden inicial, el equino se posó súbitamente en sus patas traseras, casi perdiendo el equilibrio.

Lo que divisaba a la distancia le era incomprensible. Bajó de la montura, y se acercó al alambrado. El artefacto avanzaba por el camino vecinal, alejándose del lugar. Familiarizado con los camiones transportistas de ganado, el armatoste verde con ruedas peculiares representaba una rareza que no conseguía explicar.

Continuó el recorrido a pie, vencido por la curiosidad. La máquina había desaparecido detrás de los montes. Surcando el límite de la frontera, rodeó la arbolada con cautela. El misterioso aparato completaba su periplo, y detenía su marcha por completo.

“- Alto ahí”, dijo una voz a sus espaldas, mientras el cañón frío de un arma se apoyaba en su espalda. “- Eligió un mal día para salir a tomar el fresco”, dijo el soldado mientras le colocaba las esposas.

***

El piso de la cantina reflejaba todo a su alrededor cual espejo. La tarea de limpieza y encerado le había demandado casi toda la tarde, y hasta le apenaba fuera a durar cuando menos un suplicio. Pero lo dejaba reconfortado de un trabajo bien hecho.

“- Patrón, ya terminé de sacar el brillo. Voy a ir poniendo a enfriar las

bebidas”, dijo Agustín.

“- Está bien; verificá la temperatura del refrigerador antes. No quiero que las cervezas empiecen a reventar ahí dentro”, contestó el dueño del lugar.

Arrimó los cajones hasta la heladera, y comenzó a completarla con cuidado. Aún le quedaban varias tareas por hacer antes de que llegara el resto del personal, pero mantenía su optimismo de cumplir a tiempo y poder tomar su descanso.

Terminó de lavar las copas, y dio por terminado su turno. Salió a la calle, se sentó en el cordón de la vereda y aprovechó a fumar un cigarro.

***

“- Vamos, no tenemos mucho tiempo hasta que venga el relevo”, dijo a su compañero mientras terminaba de acomodar el cuello de su camisa.

“- ¿Estás seguro de esto? ¿Y qué vamos a hacer con el prisionero?”, preguntó mientras observaba al peón.

“- ¿Lo aseguraste bien?”.

“- Creo que sí”, contestó, volviendo a revisar la estaca que sujetaba la cadena.

“- Entonces, no se diga más”. Subieron al jeep, y abandonaron el puesto rumbo a la frontera.

***

El salón estaba repleto. Agustín reponía continuamente las bebidas, apenas dando tiempo a que las botellas alcanzar un frío aceptable. El resto del personal manejaba el frente del mostrador, despachando las cervezas a buen ritmo.

“- Hay que traer más casilleros del depósito”, avisó Don Salvador. Agustín se apresuró hacia el fondo de la casona, y empezó a arrimar los cajones. Casi terminaba la faena, cuando notó como uno de los clientes luchaba para llegar hasta el baño.

“- Déjeme ayudarlo”, ofreció mientras lo guiaba hacia la puerta, y encendía la luz.

“- Graciasssss… Es buena esa cer… esa cerveza de ustedes, ah”, contestó

el soldado desertor.

El aliento a alcohol lo abrumó. Debía de haber tomado varias jarras para alcanzar tamaño estado. "- Déjeme traerle un poco de agua".

"- No, no. Nada de agua. Con un poco de aire fresco ya estaré mejor. Además, ya es tarde… Tengo… Tengo que volver a mi puesto". Marchó hacia el frente de la cantina, dejando caer su billetera en el camino. Agustín la tomó del suelo, y notó las credenciales militares del país vecino. Decidió seguirlo manteniendo distancia, y algunas cuadras más adelante lo observó intentar encender el jeep sin éxito, hasta perder el conocimiento por la intoxicación.

***

Las esposas habían resistido a todos los intentos del peón por zafarse. Volvió a tumbarse sobre el barro, y maldijo el momento en que se decidió por seguir el tanque. El jeep se acercaba a la distancia. Los soldados estaban de regreso. Los nervios comenzaron a perturbarlo.

Dos siluetas descendieron del vehículo, una de ellas con claras dificultades para desplazarse. Cuando llegaron hasta él, se sorprendió al ver a un joven muchacho acompañando a uno de sus captores.

"- ¡Por favor! ¡Sáqueme de este lugar!", rogó el peón.

"- Sssshhhhhhhhhhhhhh… No haga tanto ruido, que me duele la cabeza", advirtió el beodo.

"- Acuéstese en el catre, yo me encargo de él", dijo Agustín mientras lo acompañaba a recostarse.

Regresó con el prisionero, y abrió las cerraduras de los grilletes. "- Tenemos que irnos antes de que llegue alguien más. Están preparando una ocupación militar, y no va a tardar en ocurrir. Nuestro amigo no fue muy discreto que digamos para contarme todo el plan durante el camino. Tenemos que avisar a las autoridades, antes de que sea muy tarde".

***

El alba iluminaba el rostro del soldado, quien despertaba con una fuerte resaca. Abrió los ojos, y vio a su compañero, esposado, escoltado por un escuadrón.

"- Enrique… Qué pasó…", atinó a balbucear, mientras sentía la resequedad en su garganta.

“- Lo que pasó, pedazo de imbécil, es que nos delataste”, respondió el sargento al mando. Dio la orden a sus subordinados, y le arrojaron un balde agua helada, haciéndolo saltar del camastro.

“- Desarmen el campamento, rápido. Y lleven a estos dos al camión. Los espera un Tribunal Militar cuando lleguemos a la base”.

***

EXILIO

***

1

Lincoln apoyó el vaso sobre la mesa, y acababa una nueva botella de licor. Atrás habían quedado la primera experiencia en Neuquén, y el posterior derrotero por infinitas ciudades de las provincias del sur. Sintiéndose en cada nuevo lugar más foráneo que en el anterior, su periplo lo había depositado en el punto más austral del mapa: Tierra del Fuego.

Miró su reloj, y constató que el descanso que tenía por delante lejos estaría de ser reparador. Decidió dejar la limpieza para después, y se dirigió al dormitorio para dejarse caer sobre la cama.

***

Cuando volvió en sí, los golpes que sentía en la puerta de calle parecían querer derribarla. Se incorporó con torpeza, trastabillando con todo lo que encontraba a su paso. Luego de repetidos e infructuosos intentos, conseguía destrabar la cerradura.

“- Vas a llegar tarde”, reprendió Miguel. Mirar su rostro para comprobar su descontento resultaba innecesario.

“- Disculpá, sé que dije que no iba a hacerlo más…”, comenzó a decir. La botella vacía destacaba en el suelo, a sus espaldas.

“- Date una ducha fría, rápido. Procurá ocultar el alcohol que desprende tu cuerpo con algo de perfume, cuando menos”. Se dio media vuelta, y regresó hacia el auto.

Se acicaló con rapidez, y se reconfortó de que el vehículo siguiera en la puerta de entrada todavía. Se montó al asiento del acompañante, mientras Miguel fumaba un cigarro.

“- ¿Trajiste tus documentos? No pienso dar la vuelta a mitad de camino”,

amenazó.

“- Tengo todo en el bolso”, respondió. De que el libro estuviera entre su equipaje, se había asegurado también.

“- Perfecto. Marchando entonces. Tu vuelo sale en un par de horas”.

***

El auto se estacionó en la puerta de “Partidas”. Lincoln hurgó en su equipaje, y presentó el sobre a Miguel. “- Lo acordado. No sé cómo agradec…”.

“- No lo hagas. Pactamos un número y es lo que espero a cambio del servicio que proporcioné”. Tomó el rectángulo de papel, lo abrió, y contó el dinero. “- ¿Cómo hiciste para juntarlo? Ya me imaginaba rastreándote por todo el país, y dándote una paliza cuando intentaras pedirme un poco más tiempo”.

“- No es de tu incumbencia”. Le extendió la mano para saludarse por última vez, y descendió del vehículo.

Se acercó al mostrador, y la muchacha lo recibió con una sonrisa amable. “- Buenos días, señor. ¿Me permite su pasaporte?”.

Lincoln le entregó el librillo, y se preparó para ser detenido por la fuerza policial. La azafata revisó los datos, volvió su mirada hacia él, y continuó con los controles.

“- ¿Motivo del viaje?”.

“- Trabajo. Tomé un puesto en el colegio de la isla, voy a enseñar un módulo de Idioma Español”, respondió sin revelar su nerviosismo.

La auxiliar tomó el sello, y lo estampó en el pasaporte. “- Espero que haya traído suficiente abrigo, Señor Larrea. Lo esperan temperaturas bajo cero cuando llegue allí”.

***

2

El descenso resultó ser estable comparado sus últimas experiencias, y le permitió disfrutar el paisaje. Una vez que la aeronave se detuvo totalmente, el personal de a bordo dio la orden para desabrochar cinturones, y el pasaje se precipitó a tomar su equipaje y formar fila en el

pasillo.

Se cercioró de que no hubiera una patrulla esperando al final de la escalinata, y descendió lentamente los peldaños. Debía cubrir el tramo hasta la terminal a pie. La sencillez de la base aérea de la isla no preveía un transporte motorizado para ello.

Completó el trámite de aduanas sin contratiempos, y solamente cuando atravesó la puerta de salida realmente se sintió en paz. Tomó el papel que traía en el bolsillo de su pantalón, y revisó la dirección e instrucciones para llegar hasta allí desde su ubicación.

Encontraría el colegio a poca distancia, y en el trayecto podría ir descubriendo lo que esperaba fuera su lugar en el mundo por un tiempo.

Reconoció el edificio con facilidad, y subió los escalones sin prisa. Las puertas permanecían abiertas de par en par, y dejaban escapar las risas y gritos de los niños. La campana retumbó en los pasillos, marcando el final del recreo. Contempló a los infantes formarse en el patio central, y dirigirse a los salones por orden de grado.

"- Buenas tardes, señor. ¿Lo puedo ayudar?", preguntó una mujer que se aproximaba por detrás del último grupo.

"- Buenas tardes. Mi nombre es Esteban Larrea, y soy el nuevo profeso de Idioma Español".

"- Señor Larrea, lo estábamos esperando. Acompáñeme, y los llevaré a la oficina de la directora. ¿Cómo estuvo su vuelo?".

"- Excelente".

Caminaron por el pasillo que se adentraba al edificio, y al fondo encontraron la oficina principal. "- La señora Figueroa lo recibirá en un momento". La mujer ingresó a la sala, y cerró la puerta tras de ella.

La paciencia era una virtud que había aprendido a desplegar por conveniencia. Abrió el cierre de su bolso, y extrajo la carpeta con su falso currículum y el programa de clases. Había repasado su contenido suficientes veces para no cometer errores innecesarios.

La puerta volvió a abrirse, y su anfitriona lo invitó a ingresar. Lincoln avanzó con convicción, y encontró a la directora sentada en su escritorio, entrelazando los dedos de sus manos y ofreciéndole una amplia sonrisa.

"- Profesor, que gusto conocerlo por fin", comenzó mientras se ponía de pie. "- Estamos muy emocionados de tenerlo entre nosotros". Lincoln estrechó su mano, y tomó asiento. "- Espero que esté pronto para

comenzar mañana, los alumnos están muy entusiasmados con la nueva materia”.

“- Listo y ansioso por hacerlo”, respondió Lincoln. “- Si gusta, podemos repasar el plan del curso que preparé”, ofreció extendiéndole la carpeta.

“- No será necesario. Voy a revisar el legajo por formalidad, pero sus referencias me aseguraron de que era la mejor opción que tenía para el puesto”, explicó.

Lincoln se congratuló de la inversión realizada en los servicios de Miguel. “- Perfecto, entonces creo que nos veremos mañana”.

“- Aproveche a recorrer un poco, y descanse. El primer día suele ser intenso para cualquier debutante”.

***

La casa que se le había asignado era sencilla, pero cómoda. Terminó de colocar su ropa en el armario, y se recostó en la cama. Aunque el televisor no ofrecía ningún programa interesante, decidió que era buena compañía de todas formas.

Destapó la botella de escocés que había comprado de camino, y llenó el vaso hasta la mitad. Percibió su aroma, y sintió de pronto cómo su ansiedad se incrementaba. Se disponía a dar el primer sorbo, pero precipitó súbitamente el vaso sobre la mesa de luz, casi quebrándolo. Miró la botella, se puso de pie, y llevó ambos recipientes al baño. Vació el contenido del vaso en el lavabo, y con calma observó como el líquido del frasco se descargaba en el inodoro. Tomó sus apuntes, y de dispuso a repasar el contenido de su primera clase. Era su oportunidad de enderezar las cosas de una vez, y no estaba dispuesto a echarlo a perder de nuevo.

***

3

El timbre marcó el final de la lección. En un abrir y cerrar de ojos, sus alumnos habían abandonado el salón. Comenzó a ordenar sus apuntes, y la directora se asomó por la puerta.

“- ¿Sobrevivimos?”, preguntó manteniendo su sonrisa optimista del día anterior.

“- Creo que sí”, respondió Lincoln.

“- Organizamos una cena de bienvenida para que conozca a los demás

profesores, aquí en el colegio. ¿Le parece bien?”.

“- Por supuesto”, contestó.

“- Muy bien, entonces nos vemos a la noche”.

***

El salón de actos servía de marco para la recepción. Saludó amablemente a cada uno de los invitados, y tomó asiento en el lugar que le había sido asignado.

“- Esteban, ¿una copa de vino?”, ofreció la directora.

“- Agua estará bien”, respondió.

“- Todos dijimos lo mismo la primera vez”, acotó con una carcajada.

La cena transcurrió con gran camaradería. El cordero había satisfecho el apetito de todos los comensales, y al aproximarse la medianoche la velada llegaba a su fin. Lincoln agradeció a la directora por enésima vez, y abandonó el edificio.

Casi al llegar a la esquina, un vehículo lo alcanzó. Era uno de los profesores del evento. “- ¿Lo puedo llevar hasta su casa?”.

Lincoln aceptó el ofrecimiento y se subió al asiento del acompañante.

“- Muchas gracias, profesor…”.

“- Norberto Labruna”.

“- Profesor Labruna. Es probable que en la oscuridad terminara dando vueltas en círculos hasta llegar a la casa”, dijo Lincoln.

“- No hay cuidado”, dijo el conductor, quien se había mantenido bastante callado durante la cena. “- ¿Cómo lo lleva la vida en la isla?”, preguntó.

“- Me estoy acostumbrando, pero creo que podría vivir en ella por un buen tiempo”, respondió.

Continuó conduciendo, volviendo al mutismo anterior. Lincoln evitó forzar la conversación, y mantuvo la vista al frente.

“- ¿De qué está escapando, si puedo preguntar?”. El profesor Labruna descolocaba a Lincoln completamente.

“- ¿Perdón?”.

“- Nadie viene a radicarse a la isla así porque sí”. Su mirada no se desviaba de la ruta. En tanto, Lincoln procesaba su respuesta a toda velocidad. De ello dependía si al día siguiente continuaría con sus clases, o se encontraría rumbo a un nuevo destino.

“- ¿Tiene tiempo para escuchar una historia?”. Cansado de escapar, arriesgó la confrontación con el completo desconocido.

“- Mis clases son por la tarde”, respondió el profesor Labruna.

***

Lincoln narró los últimos tres años de su vida con una sinceridad que lo sorprendió. Por primera vez desde que se había alejado de Ana María, se desahogaba con alguien por completo. “- Bueno, creo que es todo lo que hay para decir”, concluyó.

El profesor Labruna parecía asimilar la cantidad de información recibida en tan poco tiempo. “- Es tremendo a todo lo que ha renunciado para proteger algo que ni siquiera entiende”, razonó. “- Y que seguramente nunca le será retribuido de forma alguna”.

“- Es lo que sentí que debía hacer, nada más”.

“- ¿Alguna vez intentó contactar a los suyos? ¿O a su prometida?”.

“- No sería seguro. Si algo les pasara por una imprudencia de mi parte, no me lo perdonaría nunca. ¿Puedo preguntar qué lo trajo a usted hasta estos lares? Ya noté que no es un malvinense autóctono”.

El gesto en el rostro del profesor Labruna confirmó que aguardaba la pregunta, y estaba preparado para responderla. “- ¿Puedo pedirle un vaso de agua antes?”.

“- Por supuesto”. Lincoln se ausentó por un instante mientras que iba a la cocina, y regresó con la bebida.

El profesor Labruna dio un par de sorbos, y comenzó su narración. “- Siempre me apasionó la historia de la isla. Los continuos enfrentamientos de los colonizadores para controlarla, sus misterios y leyendas, la visita de Charles Darwin y los hallazgos que hizo pero aún no tienen explicación…”.

La descripción que realizaba el profesor Labruna maravillaba a Lincoln. Sus historias comenzaban a tener vínculos inmediatos e imprevisibles.

“- Decidí venir apenas cumplí la mayoría de edad. Sin formación alguna, empecé a trabajar de cualquier cosa que me permitiera pagar el alquiler y asegurarme dos comidas diarias. Al principio no fue sencillo; los locales tenían una cultura muy cerrada y costaba asimilarla. Además, mi inglés no era del todo bueno y ellos no hacían ningún esfuerzo por hacerse entender”.

“- Con el paso de los años, creo que les hice comprender que no iba a dar el brazo a torcer y que no tenían más opción de incorporarme a su sociedad”.

Bebió el resto del vaso, y lo dejó sobre la mesa. “- ¿No tendrás algo más fuerte? La charla claramente lo amerita”.

“- Lo siento”, contestó Lincoln.

“- No importa”, respondió sacando una petaca de su abrigo. “- Siempre la tengo conmigo, por si hay una emergencia”. Desenroscó la tapa, y llenó un tercio del vaso.

“- Veo que es un hombre precavido”, acotó Lincoln.

“- A su salud”. Vació el contenido de un solo trago.

“- ¿Y encontró lo que estaba buscando? También parece que dejó todo atrás para radicarse en este lugar, sin mucha justificación”, argumentó Lincoln.

“- No todavía; pero no pierdo las esperanzas”.

Lincoln meditó durante unos segundos, y se dirigió a su dormitorio. Cuando retornó, traía el libro entre sus manos. “- Seguramente me arrepienta de esto, pero ya igual da. No puedo seguir huyendo y cargando con esto para siempre”.

“- ¿Qué es eso?”.

“- Algo que le puede interesar”, respondió Lincoln. Entregó el libro al profesor Labruna, y tomó asiento nuevamente.

Su visitante observó el libro, atónito. “- ¿Dónde lo consiguió?”.

“- Es una larga historia…”.

Comenzó a recorrer sus páginas, deteniéndose de tanto en tanto en los diferentes pasajes. Finalmente, dio con el capítulo de la isla.

“- ¿Algo que llame su atención?”, indagó Lincoln.

“- Es increíble… Nunca había leído estas anotaciones de Darwin antes. Su descripción de la fauna y flora es tan precisa, y de los habitantes de aquel entonces”.

Lincoln se complacía por la reacción del profesor Labruna, aunque no podía dejar de sentir un poco de sana envidia. Si tan solo él hubiera podido encontrado algo revelador para su propia búsqueda.

“- ¿Piensa que podríamos mostrárselo a la directora? Ver esto le fascinará”.

Dudó lo suficiente como para hacerle entender al profesor Labruna que le generaba un importante dilema.

“- Disculpe, ha sido muy egoísta de mi parte pedirle este favor después de todo lo que ha pasado”.

“- ¿Confía en ella? Es lo único que preciso saber”.

***

3

La directora los recibió en su oficina, curiosa por la intempestiva convocatoria. “- ¿Tengo que preocuparme de algo?”, preguntó.

“- Nada de eso. Lincoln tiene algo que quisiera que vea con sus propios ojos”.

“- ¿Lincoln?”, dijo confundida la directora.

Lincoln presentó el libro, y lo apoyó sobre el escritorio. La directora demostró su fascinación en su gesto, sin rodeos. “- ¿Dé donde sacaron esto?”, preguntó con un dejo de temor.

“- Es un larga historia”, se anticipó a contestar el profesor Labruna.

“- Esteban, si esto es una broma…”, comenzó a decir la directora. Sus manos comenzaron a temblar sin control.

“- Elena, ¿qué sucede?”, dijo el profesor Labruna con evidente preocupación.

“- ¿Dónde encontró este libro?”.

“- Lo heredé de una antigua profesora. Ella lo estaba custodiando, y terminó en mis manos por azar”, respondió Lincoln.

“- No puedo creer que haya otro de éstos”, comentó Elena.

“- ¿Qué quiere decir con eso?”, interrumpió el profesor Labruna. “- ¿Ya lo había visto? ¿Por qué no me lo dijo?”.

“- Es una larga historia”, contestó Elena. “- Lincoln, preciso que me cuente qué sabe del libro y quién más conoce su existencia. Es de suma importancia”.

“- Del libro, no sé mucho más de lo que está escrito en él. Y que, por alguna razón, hay muchos interesados en obtenerlo y harían lo impensado para lograrlo”.

“- Acompáñenme. Vamos a visitar a alguien que querrá ver esto”.

***

El vehículo de Elena avanzaba por la carretera, dejando atrás Puerto Argentino.

“- ¿A dónde vamos?”, preguntó el profesor Labruna.

“- Dos Lomas. Ya casi estamos ahí”.

“- ¿Qué quiso decir cuando mencionó que había otros ejemplares?”, consultó Lincoln.

“- La copia que tiene no es la única. Hay una aquí en la isla. Pero si ya conocemos dos, quién sabe cuántas más habrá por el mundo…”, explicó Elena.

Al final del camino, encontraron una pequeña cabaña que representaba la única construcción de la zona. Descendieron del auto y, liderados por Elena, llegaron a la puerta. Llamaron dos veces, y esperaron respuesta.

“- Mario, abrí la puerta. Soy yo”, dijo Elena apoyando la frente sobre la madera.

“- Y Mario es…”, preguntó el profesor Labruna.

“- Mi ex marido”.

La puerta se abrió lentamente, y un barbado hombre que casi no pasaba por el marco emergió del interior de la construcción de madera. “- Elena,

¿qué hacés acá? ¿Y ellos quiénes son?”.

“- Mario, no tenemos mucho tiempo. Hay algo que quiero mostrarte. ¿Podemos pasar?”.

El gigante observó a los dos hombres, y regresó la vista a Elena. “- No hay mucho lugar dentro, y no está ordenado, pero pasen”. Se hizo a un lado, y con su mano derecha les dio paso. Elena se adentró primero, y los demás la siguieron de inmediato.

La escasa iluminación hacía el lugar incluso más lúgubre de lo que parecía a primera vista. Sin separaciones, el ermitaño habitaba un único gran ambiente amueblado con lo básico: un catre con un fino colchón, una mesa, y una silla. Sus pertenencias permanecían apoyadas en el suelo. Una pequeña ventana permitía el ingreso de aire fresco del exterior, y evitaba la sensación completa de claustrofobia.

“- Por Dios”, murmuró el profesor Labruna a Lincoln. “- Esto es una locura. ¿Quién puede vivir así?”.

Lincoln asintió, pero sugirió con un gesto que evitara hacer comentarios adicionales.

“- Soy todo oídos”, dijo Mario mientras tomaba asiento en su silla.

“- ¿Todavía tenés el libro contigo?”, preguntó Elena.

“- ¿Libro? No sé de qué…”.

“- ¡Mario! ¡Por favor!”, imploró Elena.

Mario la admiró por unos segundos, y decidió que tendría que confiar en los dos desconocidos al continuar la conversación. “- Acaso tengo otra opción?”.

“- Perdón por preguntar, pero hace más de dos años que no nos vemos”.

“- Si, lo tengo. ¿Y por qué podría interesarte eso a vos o tus amigos?”.

Elena se volvió a Lincoln, quien comprendió que era su señal. Se aproximó a la mesa, y colocó su ejemplar del libro sobre la tabla.

Mario permaneció impávido al principio, pero prontamente los temblores en su cuerpo comenzaron a ser perceptibles para todos.

“- Mario, ¿estás b…”.

“- Es una broma. Después de todo lo que pasamos, de los sacrificios que hice, cómo te atrevés…”. Tomó el libro con su mano derecha, lo elevó y se lo enseñó al trío de visitantes.

“- Es cierto, te juro que no es un truco”, respondió Elena.

“- Mario, podemos explicarlo…”, empezó a decir el profesor Labruna.

“- Silencio. Esto no es con ustedes”.

El profesor Labruna se sonrojó fácilmente ante la incomodidad del momento. Lincoln, en tanto, continuó evaluando el intercambio entre la ex pareja.

“- Revisalo, es igual al que tenés”, afirmó Elena.

Mario abrió el libro, y comenzó a revisar diferentes páginas de forma aleatoria. “- Esto no es posible. No puede haber más copias. Entonces, todo fue en vano…”.

Se incorporó, y los visitantes vieron con asombro como se elevaba casi hasta tocar el techo con la mollera. Avanzó hacia el fondo de la sala, y se arrodilló en un rincón. Levantó una tabla floja del piso, y comenzó a hurgar con la mano en el hueco bajo la casa. Cuando regresó con ellos, traía otro ejemplar del libro en su otra mano. “- No sé lo que le ha costado proteger este libro, pero imagino que tanto como a mí”, dijo dirigiéndose a Lincoln. “- Es hora de terminar con esto, de una vez y por todas”.

“- ¿A qué se refiere?”, preguntó Lincoln.

Apoyó los ejemplares sobre la mesa, y produjo un encendedor del bolsillo de su pantalón. “- Hay que destruir éstos, solamente espero que no haya más ejemplares circulando por ahí…”.

“- ¡Espere! No lo haga, ¡por favor!”, imploró el profesor Laburna.

“- ¡Por qué no!”, respondió enérgicamente Mario. “- ¡No se da cuenta que no importa lo que haga, la maldición de este libro siempre está un paso delante de mí!”. Aproximó la llama a uno de los libros, y comenzó a quemarlo por el lomo.

“- ¡No!”, reiteró el profesor Labruna. Se abalanzó sobre Mario, quien con su brazo libre lo lanzó contra la pared, haciendo que golpeara su cabeza y cayera inconsciente al suelo.

“- No hagan ninguna tontería”, amenazó Mario mientras continuaba quemando el primer ejemplar. Lincoln observaba a Elena, quien no ofrecía ninguna posible solución a la situación que se les planteaba. Iba a destruir

ambos libros, y no había nada que pudieran hacer.

Aproximó la bacineta de metal que guardaba bajo la mesa, y colocó el libro en llamas dentro. "- Ahora, el otro".

La desesperación invadió a Lincoln. Comenzó a avanzar hacia Mario, aunque sin el ímpetu que había mostrado el profesor Labruna. Antes de que pudiera avanzar un paso más, Mario le apuntó con una nueve milímetros. "- No lo haga. No tengo ningún reparo en abrirle un agujero en el pecho".

"- ¡Mario!", gritó Elena.

Tomó el segundo ejemplar, y comenzó a pasar la llama por el canto. El golpeteo en la puerta lo sorprendió, distrayéndolo de su faena. "- ¿Quién más está con ustedes?".

"- Nadie, te lo aseguro", respondió Elena.

"- Usted, abra la puerta. Despacio", demandó a Lincoln.

Avanzó hacia la entrada, y con prudencia comenzó a entornar la puerta. Cuando terminó de girar sobre las bisagras por completo, nadie estaba ahí.

"- Les dije que no quería trampas", dijo Mario mientras comenzaba a gatillar el arma en dirección a Lincoln.

El disparo resonó estruendosamente en el ambiente. Elena atinó únicamente a cubrir sus oídos con ambas manos e hincarse. Cuando por fin tuvo alguna noción de lo que estaba sucediendo, observó a Mario desplomarse sobre el catre, mientras Lincoln permanecía de pie.

"- ¡Lincoln! Cómo…".

Revisó exhaustivamente la habitación, y notó la escopeta que entraba por la ventanilla desde el exterior.

"- Tranquila, es un amigo", dijo Lincoln.

Miguel entró por la puerta, con el arma apuntando al suelo. "- Lo siento, no tuve opción", dijo disculpándose con ambos.

"- No sé qué esperás a cambio de esto, pero ya sabés que no tengo donde caerme muerto", afirmó Lincoln.

"- Tenés un ángel de la guarda. Y no te preocupes, que ya me pagó",

explicó Miguel.

“- Pero, ¿quién?”.

“- No es de tu incumbencia”.

***

La despedida con Elena y el profesor Laburna había sido en paz. Cargaban con la tarea de encubrir lo sucedido en la cabaña aquella noche, pero no dudaba en forma alguna de su palabra. La camioneta se detuvo en el aeropuerto, y Miguel entregó el sobre a Lincoln. “- Pasaje a Córdoba, nuevos documentos, y algo de dinero”. Lincoln lo tomó, sin revisarlo.

“- ¿Vos no viajás?”.

“- Voy a asegurarme de que el incidente con nuestro amigo Mario no genere preguntas innecesarias. De todas formas, seguramente no volvamos a vernos”.

“- Eso dijiste la última vez”, acotó Lincoln. Abrió la puerta, y comenzó a descender del automóvil. “- Te debo una”.

“- No hago favores. Ya te dije que está cubierto”.

Ingresó a la terminal, y revisó su equipaje por última vez. El libro, aunque algo chamuscado, se mantenía en buenas condiciones. Ubicó el mostrador de la aerolínea, y avanzó con documentos en mano.

“- Buenas tardes, su pasasporte por favor”, solicitó la auxiliar.

“- Aquí tiene”.

“- ¿Motivo del viaje?”.

Lincoln resopló disimuladamente, e iniciaba un nuevo relato alternativo que justificara su viaje.

***

FIN